Le Sage, Alain Réne

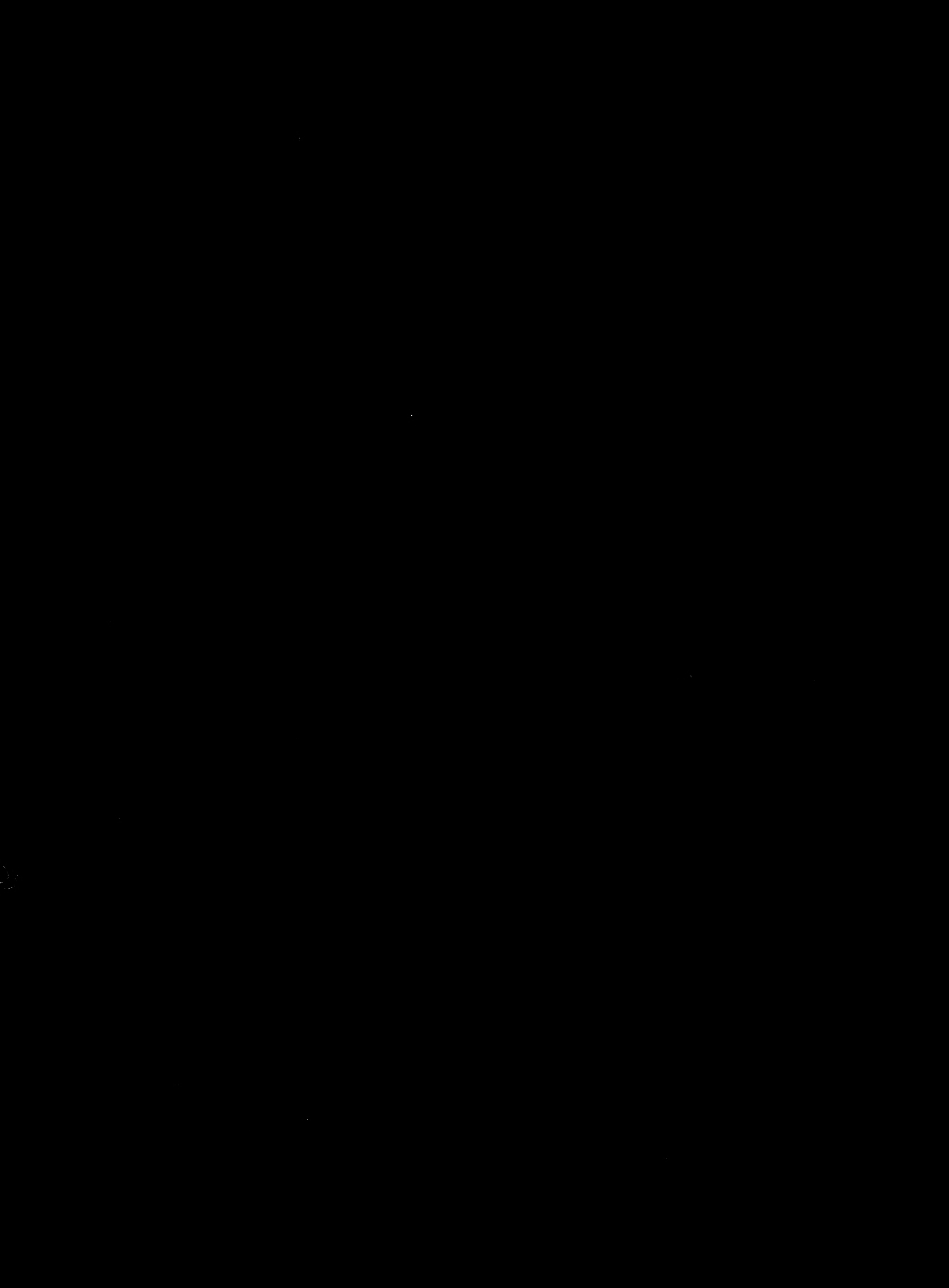
Historia de Gil Blas de Santillana

Madrid

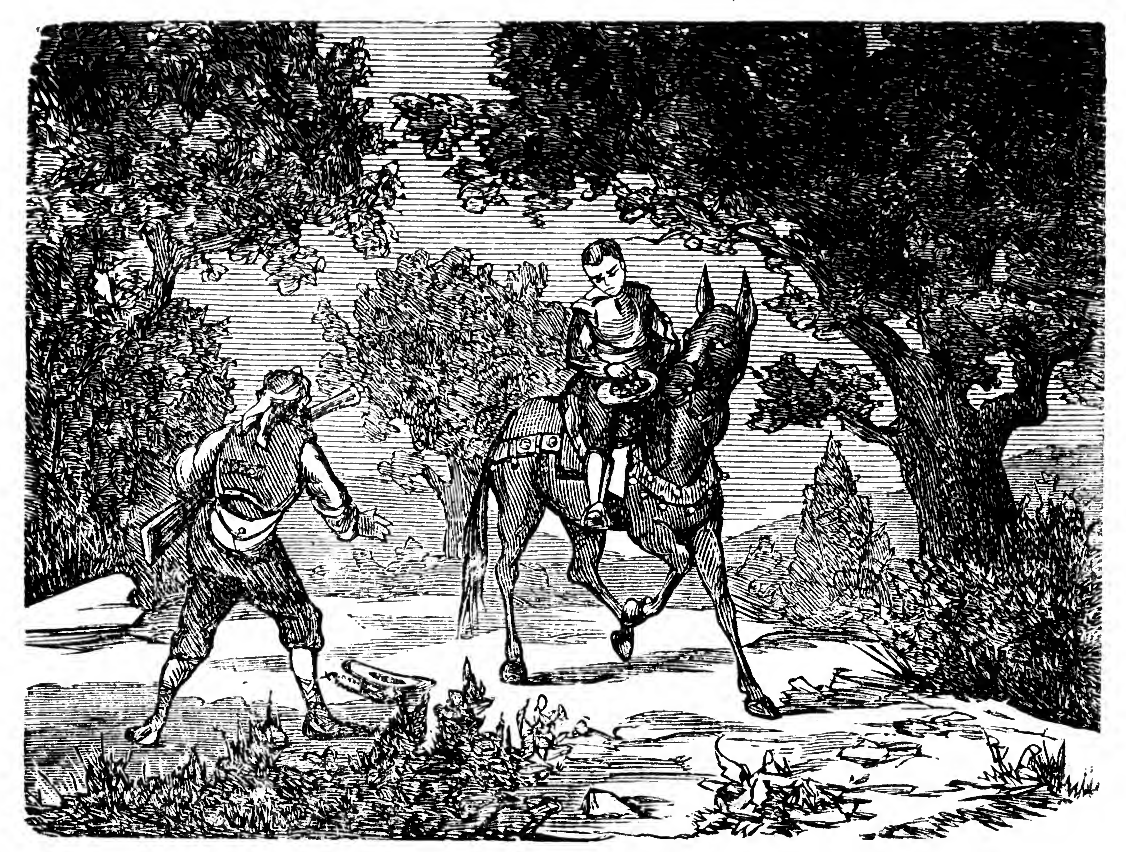
[1894?]

Reel: 42 Title: 3

Author : Le Sage, Alain Réne, 1668-1747.
Title : Historia de Gil Blas de Santillana / compendiada por un amigo de la instruccíon popular, con arreglo a la que publicó el célebre P. Isla.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 31 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Added Entry : Isla, P.



(CUATRO [illegible].)



HISTORIA

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA,

COMPENDIADA

por un amigo de la instruccion popular,

CON ARREGLO

A LA QUE PUBLICÓ EL CÉLEBRE P. ISLA.



MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

I.

Nacimiento, educacion y primeras aventuras de Gil Blas.

En la tan noble como antigua ciudad de Oviedo nací de padres pobres y honrados, lo cual no impidió á la fortuna depararme un tio canónigo de aquella catedral.

Se llamaba Gil Perez, fué mi padrino y como á tal debo parte de mi nombre y el principio de mi instruccion, que me la dió personalmente. Despues me mandó á Salamanca acompañado de su vieja mula y cuarenta ducados, amen de algunos otros maravedises que le habia sisado.

No me detendré á referir los pequeños sobresaltos y disgustos que me determinaron á vender mi mula desistiendo de ir solo á Salamanca, y juntarme con un arriero; mas sí diré cómo éste, deseando lo dejásemos solo para disfrutar los encantos de una jóven que tambien llevaba pasajera, además del marido de ella y otro jóven, fingió que le habíamos robado y que iba á dar parte á la justicia.

Al oir este terrible nombre nos escapamos cada cual por donde pudo, internándome yo, por mi desgracia, en un espeso bosque. Queriendo salir de él di de manos á boca con dos hombres de mala catadura y á caballo, los cuales me amenazaron con pena de la vida si no queria seguirlos.

Seguílos, pues, y al cabo llegamos á la entrada de una subterránea cueva, por la que nos entramos; en su interior hallé dos viejos, un negro y la cocinera llamada Leonarda. A esta me entregaron mis acompañantes para que le ayudase en sus faenas.

Creo inútil decir que mi nueva habitacion era una cueva de ladrones. Su jefe Rolando era uno de los que me sorprendieron, y á él obedecian otros siete más. Tenian infinidad de habitaciones llenas de dinero y cuantos géneros ocupan al comercio y á la industria. Habia en una, infinidad de botellas y tinajas llenas de los vinos más esquisitos; en otra, muchas piezas de lienzo, paños y telas de lana y seda; en otra, vajilla de diferentes marcas, y por último gran provision de sacos de trigo, harina, cebada, azúcar y otros comestibles.

El capitan me ofreció el goce de todo aquello á condicion de que buenamente lo sirviera y ayudase á Leonarda. Acepté gustoso en la apariencia; mas prometiéndome aprovechar el primer ojo de luz que se me presentase.

Allí pasé seis meses, y al cabo de ellos, en fuerza de mucho fingir, conseguí entrar en la categoría de ladron. Armado hasta los dientes salí cierta mañana acompañado de toda la cuadrilla y nos apostamos en el camino real de Leon aguardando una ocasion para hacer mi primer ensayo.

Poco hacia que aguardábamos cuando divisamos á un fraile, y á él me man-

daron desvalijar. Marché resuelto á ello, y buenamente creí conseguido mi objeto cuando el venerable arrojó un gran bolson que al caer produjo un agradable sonido metálico: entonces dejé escapar al fraile. A seguida mis compañeros se acercaron para felicitarme por mi fácil victoria.

Pasamos á examinar el contenido del bolson, y con vergüenza mia vimos que estaba lleno de medallas, cruces y *agnus Deis*. Celebrándonos de tan gracioso chasco estábamos cuando hizo viso un coche escoltándolo varios caballos con sus ginetes: al verlos los ladrones se pusieron en buen órden, me recomendaron el valor y esperamos firmes la llegada de la presa. Al ver nuestra apostura los del coche y escolta se prepararon tambien al combate, el cual se trabó al ponernos á tiro; su resultado fué una gran victoria para nosotros, aunque á costa de la vida de un ladron. Sus compañeros se apoderaron de las mulas del coche, cuatro caballos y varios cofres bien repletos de dinero, ropas y alhajas, como tambien de una hermosa hembra que desmayada yacía dentro del coche. Con todo ello nos encaminamos á la cueva, donde se celebró el triunfo con una opípara cena, terminada con el propósito de á otro dia ir á Mansilla á vender las mulas y caballos robados.

Recogido en mi aposento no cesaba de lamentar la triste suerte que aguardaba á aquella hermosa dama, y tanto por evitársela cuanto por acallar las voces de mi conciencia, determiné abandonar la cueva y sus moradores. Para conseguirlo fingí una gran indisposicion é imposibilidad de poder acompañar á los ladrones en el viaje; creyéronlo así y por lo tanto partieron y me dejaron.

Entonces me fué fácil persuadir á la señora me acompañase, y partimos no sin habernos provisto grandemente de dinero. Salidos de la cueva, dejé al caballo tomar la direccion que quiso, y antes de muchas horas nos puso en Astorga. Llegados al meson y estando la señora dándome gracias por mi noble proceder, entró la justicia á prenderme, como presunto ladron de la ropa que llevaba puesta y del caballo que nos condujo, de todo lo cual habia sido aligerado dias antes un caballero de aquel pueblo.

Mucho sentí este contratiempo, del que no pude escapar hasta pasado bastante tiempo; pero tan pobre me soltaron que de limosna tuve que costearme hasta Búrgos donde supe se hallaba la dama libertada. Si se me arguye qué hice de los dineros que tomé de los ladrones, diré que cayeron en manos de sus afines los ministriles de Astorga.

Doña Mencía, que así se llamaba la dama, se habia retirado á un convento; lamentó infinito mis desventuras, lo que le agradecí, y muchísimo más unos doce mil reales en dinero y un hermoso anillo que me regaló. Al verme en tal estado determiné marchar á Madrid, en vez de sepultarme en una universidad: al efecto compré dos mulas, tomé un mozo, y bien equipado me puse en camino para la córte.

A la segunda jornada paré en Valladolid. Dispuesto á cenar estaba cuando llegó á la posada una gran señora, segun el aparato que la rodeaba, y diciendo ser parienta de doña Mencía me obligó á trasladarme á su casa, para corresponder de este modo al gran honor que habia hecho á su parienta libertándola del poder de los ladrones.

Magnífica fué la cena que me sirvieron y deslumbrador el lujo desplegado para obsequiarme, por lo que pasé una hermosa noche; encanto que se disipó al despertar, pues habiendo llamado al mozo sólo acudió un vejete, el cual me dijo que aquella era una casa de huéspedes; que mis obsequiadores habian alquilado el dia antes aquella habitacion; que habian salido y abonado el gasto.

Mucho me sorprendió tamaña nueva; pero más desconsolado quedé al encon-

trarme sin mulas ni equipo, puesto que el mozo, unido á los farsantes, habia cargado con todo; hasta la magnífica sortija me habia sido cambiada de un modo galante por otra tan falsa como mis obsequiadores.

Desesperado andaba por las calles de Valladolid cuando quiso mi buena estrella depararme un antiguo condiscípulo y paisano llamado Fabricio. Abrazámonos alegremente, y despues de contarme sus aventuras me ví obligado á contarle las mias. Mucho le distrajeron al principio, aunque luego se apesadumbró al ver mi situacion; pero como era hombre de recursos me aconsejó, como lo mejor, que le imitase y me pusiera á servir; aunque para persuadirme á ello tuvo que emplear muchas razones y ponderar las ventajas de tal ocupacion; sin embargo, aconsejado por las circunstancias, me determiné á seguir su consejo, cual diré más adelante.

II.

Aventuras de Gil Blas en el servicio doméstico.

Acompañado de mi amigo Fabricio fuí á casa de un memorialista en busca de acomodo, y allí escogimos, por figurársenos mejor, la casa del licenciado Cedillo.

Era este un buen señor canónigo de aquella catedral, aunque su edad y estado le impedian dedicarse á su sagrado ministerio, pues además de ser viejo padecia de gota, por lo que estaba en una silla sin tener otra cosa espedita que la lengua y las manos, de las que se servia para llevarse á la boca los suculentos manjares á que era muy aficionado. Su ama, la señora Jacinta, le cuidaba con grande esmero, sin descuidar por esto su porvenir aun á costa de los sobrinos del licenciado.

Por mi parte llevaba una vida envidiable si no hubiera tenido que pasar las más de las noches en vela para asistir al amo en sus impertinencias; bien es verdad que todo lo sufria gustoso por la esperanza de un buen legado en el testamento del señor, que me tenia prometido.

Tres meses estuve asistiendo al bueno del canónigo, cuando éste, sintiéndose malo, fué preciso se llamase al médico. Llamóse, pues, al doctor Sangredo tenido por el mejor Galeno de la época, el cual enterado de la indisposicion y sus antecedentes, ordenó le sacaran seis tazas de sangre, dieta rigorosa, y que bebiese agua caliente en abundancia.

Con tan sublimes específicos, á las pocas horas de enfermedad pusieron al canónigo á las puertas de la tumba. Muy apenado me mostré cuando el mismo paciente me ordenó le llevase un escribano, pues queria hacer testamento. Sin embargo, obedecí, quedando sumamente contento de mi diligencia, cuando aquel funcionario me dijo que no habia sido olvidado en el consabido documento. Murió al cabo nuestro canónigo, y procediéndose á dar cumplimiento á su última voluntad, se abrió el testamento: en él dejaba, con perjuicio de sus sobrinos, las mejores prendas á la señora Jacinta; á mí me dejaba todos los libros y manuscritos de su biblioteca, que por mi desgracia consistian en las cuatro partes del breviario, un libro de cocina y otro de medicina; abandoné aquellos útiles á los sobrinos ó a quienes los quisieran, y cobrando mi paga tomé mi ropa y me planté en la calle.

Discurriendo andaba presentarme al memorialista para escoger otro acomodo, cuando tropecé con el doctor Sangredo, que habiendo reparado en mí, me paré á saludarle; correspondióme afectuosamente y me propuso si queria entrar á servirle. Acepté la proposicion y marchamos juntos á la casa, donde me hizo cargo del registro que llevaba de los enfermos que necesitaban sus cuidados; pero siendo aquel un año de muchas enfermedades, y mucha la fama del doctor Sangredo, eran tantos los que le llamaban, que se vió obligado á hacerme su pasante. Al efecto, me vestí de unas viejas hopalandas del Doctor, y afectando saber y gravedad me lancé á ejercer la medicina siguiendo los consejos y lecciones de mi sapientísimo maestro. —Gil Blas, me habia dicho el Doctor, quiero enseñarte la medicina y que seas tan sábio como yo; para ello solo tienes que persuadirte de que con las muchas sangrías y beber agua caliente en abundancia se curan todas las dolencias de la humanidad; por consiguiente, ya tienes la clave de toda la medicina.

Provisto de tales advertencias estuve ejerciendo la medicina, bien es verdad que con tan mala suerte para los enfermos que parecia que habia entrado la peste en la poblacion. Disgustado me tenia mi nuevo estado como tambien el trato que el Doctor me daba; además de ser los alimentos demasiado ligeros, tenia desterrado el vino de la mesa, y estoy seguro que sin el desquite que tomaba cuando me juntaba con Fabricio, se me hubiera relajado el estómago; pero nosotros, y á despecho de lo que Sangredo aconsejaba, nos juntábamos en una taberna, y allí honrando á Noé y á Baco, consumiamos alegremente las azumbres, á costa de los honorarios de la medicina. Para bien de la humanidad quiso la suerte que enfermase una vecina nuestra á la que me tocó asistir; recetéla los específicos del Doctor con tan buen éxito, que antes de los cuatro dias pasó al otro mundo; esto fué causa de que su querido, que era un maton de tomo y lomo, jurara que se habia de vengar cortándole las orejas al médico que tan torpemente la habia asistido. No bien llegó á mis oidos semejante amenaza, y conociendo era capaz de cumplirla quien la habia proferido, salí corriendo de Valladolid sin despedirme del Doctor ni de mi querido amigo Fabricio.

Media jornada llevaria andada, cuando me alcanzó un jóven que á buen paso y alegremente caminaba: llegado que fué me saludó cortesmente, á lo que le contesté con mucho gusto; díjome que era barbero y que marchaba á Olmedo, su patria, despues de haber recorrido media España con arreglo á las órdenes de su padre. Contóme las muchas aventuras que le habian pasado, las cuales me gustaron sobremanera, y de este modo hicimos aquella jornada. Al otro dia salimos de la posada bien provistos de municiones de boca, prometiéndonos el mejor viaje. Descansando estábamos en una fuente al lado del camino, cuando se nos incorporó un hombre que nos llamó la atencion por sus modales y apostura. Aunque su traje estaba deteriorado, llamaba la atencion el orillo de que estaba galoneado, un gorro de plumero y una larga tizona que llevaba. Nos dijo que era cómico y su nombre Melchor Zapata; se lamentó de la cordura y moralidad de su mujer que le obligaba á llevar la ropilla forrada de carteles viejos, cuando otros muchos, sin más ventajas que los cortejos de sus esposas, tenian un lujo extremado y se ahorraban de caminar con la mochila á cuestas. Para distraerlo sacamos nuestras no escasas provisiones de queso, carne, pan y vino, é hicimos que el histrion nos acompañase. Habiendo comido bien y bebido á proporcion, nos despedimos de Melchor, y continuando nuestro camino llegamos al otro dia á Olmedo. Allí estuve descansando dos dias, siendo muy festejado por los parientes del barbero, de cuyo pueblo salí con un mer-

cader de Segovia, que interesado por mí, me hizo montar en una de las caballerias que llevaba, y al despedirse me dió una carta de recomendacion para un corresponsal suyo de Madrid, que tenia su tienda en la Puerta del Sol.

III.

Primer acomodo de Gil Blas en Madrid; noticia que tuvo de los ladrones, y primeros lances amorosos que le acaecieron.

Con el mayor contento y mejores esperanzas hice mi entrada en Madrid, é inmediatamente entregué la carta de recomendacion de que ya he hablado; tuve la suerte de ser tan afectuosamente atendido, que á los dos dias me tomó á su servicio un parroquiano del mercader, llamado D. Bernardo de Castelblanco; este señor, por nada más que acompañarlo de noche y limpiarle la ropa, me daba seis reales cada dia para que comiese donde quisiera, dejandome todo el dia libre.

Admirando las maravillas de la córte estaba un dia, cuando reparé en un sujeto de mala catadura que me estaba observando, y en el que quise reconocer á mi antiguo capitan Rolando; él era en efecto, por lo que me quedé muy confuso, y mucho más cuando se acercó á mí y me ordenó que le siguiese. No me atreví á huir, sino que con las orejas gachas marché tras él hasta que entró en una fonda, donde pidió nos sirvieran una buena comida; mientras la preparaban y gastábamos, me contó lo que habia acontecido desde el dia que me fuí del subterráneo: parece, pues, que yendo camino de Mansilla á vender las mulas y caballos, tropezaron con el hijo único del Corregidor de Leon; los ladrones, despues de haber matado dos hombres que le acompañaban, quisieron hacer lo mismo con él, y lo hubieran efectuado a no haber intercedido en su favor el capitan; contentáronse con recogerle el dinero y los caballos de los muertos, que tambien fueron vendidos con los otros. Mucha fué la sorpresa de los bandidos cuando á la vuelta al subterráneo hallaron á Leonarda atada cual me la dejé, y que yo y la dama habiamos desaparecido: pero no fué esto lo mejor, sino que de allí á unos dias, al salir de la cueva, se encontraron cercados por tres cuadrillas de la Santa Hermandad á las que tuvieron que rendirse; siendo cegada la cueva y los ladrones conducidos á Leon. El Corregidor no pudo menos de interceder por Rolando y alcanzarle su indulto y perdon, en gracias de que libró á su hijo de la muerte, cual los demás querian darsela; en castigo de lo cual y de sus muchos crímenes fueron ahorcados. Indultado Rolando pasó á Madrid donde logró adquirir una vara de alguacil, empleo que desempeñaba, aunque no del mejor grado, pues que su alma brava y forzosa no se avenia á las raterías que en el nuevo ejercicio se ofrecian, y solo echaba de menos las grandes aventuras y proezas de los caminos reales.

De tal suerte me estuvo hablando durante la comida; concluida pagó el gasto, y por último me manifestó que él estaba resuelto á marcharse á las montañas de Albarracin, donde habia unos valientes catalanes ocupados en la antigua profesion de Rolando, y que á él le ofrecian la plaza de teniente; me instó á que le siguiera, á lo cual no quise acceder, por lo que se irritó y me amenazó si á nadie le confiaba que le conocia y sus intenciones; con esto salimos de la fonda y estándonos despidiendo en la calle, acertó á pasar por allí mi amo D. Bernardo, que al verme con un sujeto de aquel talante, nos miró varias veces con

marcada curiosidad. Cuando llegó á casa por la noche me preguntó la clase de sujeto que era el capitan y las relaciones que con él me unian, á lo cual contesté mintiendo y con marcadas muestras de turbacion; pues teniendo presente las amenazas de Rolando, no estaba dispuesto á descubrirlo; mi amo no me habló más, se metió en la cama, y al otro dia en vez de los seis reales me dió seis ducados y me dijo que me tuviese por despedido, pues no le convenia un criado que cultivaba amistades tan sospechosas. Fuí á dar cuenta al mercader de mi desacomodo; pero me consoló al asegurarme que me proporcionaria más ventajosa posicion; en efecto, de allí á pocos dias me colocó con D. Matías de Silva, caballero mozo, dedicado á derrochar un patrimonio en orgías y diversiones en union de otros jóvenes de iguales circunstancias.

Los amigos de mi amo tenian otros criados, que naturalmente pasaron á ser amigos mios, y como todo se aprende, ó mejor dicho como todo se pega, la inmoralidad de nuestros amos se propagó á nosotros; de suerte que todos éramos unas buenas alhajas. Mis nuevos amigos, más antiguos en tal estado, me dieron lecciones y advertencias que fueron bastantes á hacerme tal y como deseaban. A ejemplo de ellos, me disfrazaba de caballero con las ropas de don Matías, buscando de este modo alguna conquista elevada; pues no parece bien que quien de calavera se precia carezca de amistades y cortejos que es el objeto de la gente elegante. Andaba pues á caza de aventuras, cuando ví asomada á una ventana de cierta calleja una dama tambien adornada y dispuesta, que me pareció el *nom plus* de la gracia y de la hermosura; estático quedéme al contemplarla, y hacia ya rato que se habia ocultado, cuando una buena y oficiosa vieja se acercó y me dijo, que si la tal señora me agradaba, ella podria servir de mediadora, siempre que mis fines fuesen los mejores.—Querida madre, la contesté, juro por las barbas del marqués mi abuelo, que si podeis hacer que hable á esa hermosura, tendreis pruebas palpables de mi generosidad.—Pues venga V. S. mañana, me contestó, y verá si cumplo lo que prometo y V. S. desea. No me hice esperar; convenientemente disfrazado me presenté en la casa, donde la vieja me introdujo en un gabinete decentemente amueblado y á donde no tardó en presentarse mi bella desconocida.—Reina mia, la dije afectando el fuego más apasionado, permitid rinda á vuestros piés un corazon por el que suspiran las damas más encopetadas, y que desde este instante es cautivo de su beldad; y reuniendo la accion á la palabra, me arrojé á sus piés con las muestras del más ardiente amor. Mi desconocida me hizo levantar, y me dió á entender que aun cuando no le desagradaba mi cariño, no creia prudente dejarse llevar de la pasion en el primer momento, y que así me suplicaba tuviese un poco de paciencia; me preguntó mi nombre y circunstancias, á lo que contesté ser noble é hijo de una de las principales familias de la córte. Ella me dijo ser viuda de un oficial de alta graduacion y oriunda de una casa nobilísima; cosa que no tuve reparo en creer en vista de las lujosas galas que ostentaba. En tan sabrosas pláticas, y sin satisfacer el colmo de mis deseos, estuvimos algun tiempo hasta que se despidió toda ruborosa, no sin prometernos acudir á la cita al dia inmediato.

Aquella tarde fuimos al teatro, y despues mi amo hizo le acompañase á casa de Arsenia, primera dama de la compañía. Cuando llegamos ya habian acudido otros amigos de D. Matías, con sus correspondientes espoliches. Subióse don Matías á la sala con las damas y galanes, y á mí me guió un paje á la cocina, donde disponiéndose á cenar estaban las criadas de las comediantas y los mozos de los elegantes, pero cuál no seria mi sorpresa cuando en una de las criadas reconocí á mi bella y desconocida viudita; ella tambien me reconoció, no obs-

tante la diferencia del traje, y con el mayor agrado y coquetería me manifestó que no se enfadaba por la estratagema que habia usado, sino que por el contrario se complacía fuésemos ambos de la misma condicion; y que allí podiamos vernos á cualquier hora sin necesidad de valernos de la vieja intermediaria. Mucho celebraron todos los presentes el desenlace de nuestra aventura, y para festejarlo dignamente nos sentamos á la mesa, donde con los restos del festin de nuestros amos cenamos alegremente sin olvidar las botellas, gracias á lo cual salimos de aquella casa amos y criados con menos juicio y honor del que habiamos entrado.

IV.

Cambia Gil Blas de varios acomodos, hasta que por casualidad hace conocimiento con D. Alfonso de Leiva. Ligera reseña de la historia de este caballero.

Tranquila y gustosa vida me llevaba sirviendo á D. Matías y gozando del amor de mi querida Laura, que así se llamaba la criada de la comedianta, cuando me hallé de nuevo desacomodado, gracias á un duelo en que perdió la vida D. Matías.

Sabedora Laura de ello procuró entrase al servicio de su ama Arsenia, facilitándome de este modo ocasion y escuela para perder el pudor natural y las ideas morigeradas que aprendí al lado de mi buen tio Gil Perez; pues en dicha casa solo se respiraba liviandad, falsía, engaño y desvergüenza. ¡Cuántas escenas de estos vicios presencié de mi ama y cuántas tambien hube de vislumbrar de mi adorado tormento! Pero como es cierto que las buenas doctrinas que en la juventud se adquieren germinan más ó menos tarde, fué tal el horror con que llegué á mirar todo cuanto á mi ama se referia, que cierta mañana, despues de dejar sobre mi mesa un resúmen ó cuenta de mi encargo, salí de aquella casa huyendo como de la peste, y dando gracias á Dios porque me habia tocado en el corazon y dado lugar á mi arrepentimiento. No quedó sin premio esta buena accion, pues habiéndome encontrado con el mayordomo del difunto D. Matías é informado de por qué habia dejado la casa de las comediantas, me alabó tal proceder, y negoció aquel mismo dia colocarme casa de D. Vicente de Guzman; este señor, de bastantes años, pertenecia á la antigua nobleza, habia servido en los tercios españoles, y por lo mismo todas sus delicias consistian en contar las innumerables batallas que habia ganado, trayendo siempre á cuento el número y nombre de los muertos, heridos y prisioneros que habia causado.

Tenia el bueno de D. Vicente una hija llamada Aurora, tan linda y agraciada, que no podia menos de admirarla quien en ella se fijase. Al poco tiempo de estar en la casa me pareció me distinguia de los demás criados, lo cual no dejaba de halagarme, y es que como con las comediantas aprendí malos resabios, creia que la virtud y el pudor estaban desterrados del mundo. Con muchas dudas sobre lo que pudiese significar tal conducta estaba, cuando por medio de su aya me citó una noche mi linda señorita: acudí presuroso, bien limpio y aseado, dándome aires de afortunado galan, cuando todas mis ilusiones se desvanecieron al ver que solo era escogido para espiar á cierto jóven que mi ama queria, y que en virtud de ciertas astucias, que con mi asistencia se efectuaron, pasó á ser esposo de la bella Aurora.

A poco del casamiento quiso mi ama pasara al servicio de un tio suyo, donde duré poco, por no querer ser cómplice de una sirena á quien adoraba; y como el buen viejo no tenia mas voluntad que la de su amante, tuvo que despedirme; mas no lo hizo sin un buen regalo y llevarme él mismo á casa de la Marquesa de Chaves

Esta señora me tomó á su servicio haciéndome su maestresala; esto es, tenia obligacion de arreglar la sala para recibir los contertulios de la Marquesa, quedandome despues á la puerta para avisar la llegada de los mismos; pues siendo la Marquesa una señora bastante instruida recibia en su casa a los literatos de mas nota, formando una especie de tribunal que inspeccionaba y censuraba las obras que veian la luz.

Mas como el amor es un niño travieso, principió á inquietarme y despertar mis deseos hácia una criada de la Marquesa, de hermosa presencia y afable trato Apenas cundió mi inclinacion entre los criados, cuando me ví citado por el secretario de la Marquesa á cierto sitio: acudí sin el menor temor; pero la suerte no coronó mis afanes, pues no habiendo querido acceder á la propuesta que me hizo de desistir del amor de la doncella, vinimos á las manos, teniendo la desgracia de quedar desarmado á los primeros tajos, y hubiera sido peor si no le prometo salir de la casa de la Marquesa y dejarlo en pacífica posesion de aquella *Elena*.

Fué tanta la vergüenza que tuve al verme vencido por mi rival, que resolví no ponerme más delante de mis compañeros, y antes que el lance cundiera tuve ocasion de sacar de la casa mi maleta y los ahorros; para mejor desechar pesares resolví salir aquel mismo dia de Madrid, como en efecto lo hice. Tenia el bolsillo repleto y con esta ayuda pensaba dar media vuelta á España antes de tener que volver á servir.

Tres dias de camino llevaba, cuando descansando en una venta del camino de Cuenca, llegó una partida de cuadrilleros de la Santa Hermandad; sentáronse á beber, y entretanto que lo hacian conversaban en voz baja, por lo que medio entendí iban en busca de un jóven, cuyas señales se comunicaron. Dejélos en la venta y seguí mi camino, cuando antes de media hora ví venir un caballerete sobre un jaco castaño: tanto eso como otras circunstancias de su edad y traje llamaron mi atencion, y creí reconocer en él las señas del que los esbirros buscaban; me dió lástima que fuese á caer en sus manos, y por caridad le pregunté si le habia sucedido algun lance por el que le pudiesen perseguir, diciéndole al mismo tiempo lo que habia oido á los cuadrilleros.—Mucho os agradezco, me contestó, el interés que por mí os tomais; y para contaros mi vida y que veais que solo la mala suerte es la que me persigue, sera bien nos internemos en aquella selva, pues que segun decís seria temeridad continuar la direccion que llevo.—Haceis bien le respondí, y mucho más cuando puede que allí encontremos abrigo contra la nube que nos amenaza. Con esto nos íbamos internando por una espesa arboleda, cuando al pié de una colina distinguimos un grupo de casas de pobre arquitectura; el desconocido guió á ellas la cabalgadura, y estábamos ya cerca, cuando se asomó a la puerta de una un anciano de blanca y larga barba con hábito de ermitaño. Diónos la bienvenida é indicó un techado donde pusimos el caballo, despues de lo cual le seguimos á su habitacion Habia en esta muy pobre menaje, entre el cual sobresalia una estampa de S. Pacomio, unas disciplinas y un viejo arcon: por invitacion del anciano nos sentamos en unas desvencijadas sillas, entretanto que el ermitaño encendia una vela y se hincaba de rodilllas delante del Santo, sin duda para alcanzar del cielo que aplacase la nube que entonces habia llegado á su total desarrollo; cal-

mado algun tanto, el buen anciano se dirigió á nosotros, y con términos afectuosos nos invitó á tomar algun refrigerio con unas avellanas y otras frutas secas que sacó acompañadas de unos zoquetes de pan más secos que las frutas; aceptamos su obsequio mas bien por no desairarle que por el apetito que inspiraba su cenobítico banquete. Conociendo el ermitaño que alguna pena agobiaba el corazon de mi compañero, trató de consolarlo con frases afectuosas, diciéndole tambien que si no era indiscrecion podia manifestarle sus pesares, prometiéndole el consuelo que estuviese de su mano. El desconocido, tanto por esto cuanto por la confianza que mi noble proceder le habia inspirado, se decidió á contarnos su historia, para lo cual nos dijo sobre poco más ó ménos: Que era nacido en Madrid de padres desconocidos, pues al llegar una noche á su casa el baron de Steinbach, oficial del ejército, se lo habia encontrado en un lio de trapos aunque debajo tenia muy buenos pañales, presumiendo fuese de buena casa; el baron y su esposa, que no tenian hijos, se alegraron mucho de aquel encuentro y le prodigaron una brillante educacion, de la que se aprovechó notablemente; llegado a los veinte años le procuró un buen puesto en la milicia y al propio tiempo le manifestó el secreto de su nacimiento. Esta inesperada noticia solo sirvio para que se engolfara en los peligros del servicio, desafiando la muerte para de ese modo ocultar la bajeza de su nacimiento; pero su arrojo solo sirvió para hacerse más notable y conquistar en parte un nombre que la suerte le habia negado.

Con motivo de haberse necho la paz en la guerra de los Paises Bajos habia vuelto a Madrid al lado de sus padres adoptivos los barones de Steinbach, y gozando sus bondades se hallaba, cuando una engañadora sirena trató de interesarle el corazon; correspondióle, aunque solo por cortesía y distraccion; pero esta accion hasta cierto punto inocente le acarreó un desafío en el que le atravesó el corazon á su contrario. Temiendo las indagaciones judiciales montó en un caballo que su adversario llevaba cuando le provocó, y anduvo dos dias por parajes solitarios, hasta que una noche tuvo que acogerse á una quinta que estaba al lado del camino huyendo de una séria tormenta que se habia formado; mas como no fuese suficiente resguardo el cobertizo de la puerta exterior, probó a llamar para que le hospedasen; pero vió que la puerta solo estaba entornada: chocóle mucho tal descuido, mas no obstante pasó adelante llevando el caballo de la brida: á la luz de los relámpagos reconoció una estancia bien adornada, en la que habia varias puertas, se dirigió á una, y viendo que tambien estaba entornada entró por ella, dejando antes atado el caballo y cerrada la puerta exterior, y atravesó unos corredores; observando que por una puerta que habia al final de uno de ellos salia luz, creyendo estarian todavia levantados, se dirigió á aquella puerta tratando de pedir hospitalidad para lo que restaba de noche; pero fué grande su sorpresa cuando vió que aquella habitacion estaba lujosamente adornada; en un ángulo de ella habia una magnífica cama con suntuosas colgaduras, las que, sin duda por efecto de lá calor, estaban entreabiertas, pero que dejaban ver un objeto encantador; pues era nada ménos que una jóven lindísima cuya admirable hermosura interesaba doblemente por el sitio, hora y situacion en que se encontraba. Sus hombros estaban descubiertos tenien lo colgando un brazo de una blancura y morbidez tentadora, y el embozo no subia tanto que no dejase ver el principio de su turgente y bien modelado pecho. Embelesado se quedó nuestro caballero al contemplar tal belleza, y tanta fué la atraccion que sobre él ejerció que no pudo apartar de ella la vista y mucho ménos el retirarse, cual la prudencia le aconsejaba; en esta incertidumbre se hallaba cuando aquella rara hermosura se despertó.

Difícil es formarse idea de la impresion que produjo en aquella jóven la inesperada presencia de un estraño en su propia habitacion y á tales horas: dió un gran grito y por más que hizo el caballero para aquietarla fué inútil; toda azorada cogió una bata que tenia al lado de la cama sobre una silla, se cubrió con ella, y dejando al caballero hacer protestas de respeto y moderacion cogió una bugía y salió por los corredores llamando á grandes voces á los criados y á una hermana que con ella estaba en la quinta; viendo que nadie contestaba á sus gritos, volvió á entrar en la estancia y exigió al caballero la esplicase el cómo y por qué se encontraba á tales horas en su casa y habitacion. Nuestro desconocido se sinceró fácilmente contando el por qué tuvo que arrimarse á aquella casa, y la disposicion en que se habia encontrado las puertas: al enterarse de estos pormenores la dama volvió á salir en busca de su hermana, y viendo que no estaba en su dormitorio, ni ninguna de las criadas, apostrofó á nuestro caballero con que seria cómplice de los raptores de su hermana: con esto nuestro amigo se vió obligado á contar como era hijo del baron de Steinbach, que se llamaba D. Alfonso, y que se habia visto obligado á salir de Madrid porque estando una noche en el Prado haciendo hora para acudir á una cita, se vió comprometido y vilmente insultado por un caballero que se le acercó montado en un caballo; que él se escusó lo mejor que pudo, y si echó mano del acero fué cuando tan comprometido se vió que de no hacerlo así hubiera sido achacado á cobardía; que tuvo la fortuna de atravesar á su contrario y dejarlo muerto, por cuyo motivo le pareció lo más prudente huir, y al efecto se valió del mismo caballo que llevaba su adversario; que llevaba dos dias andando por parajes solitarios, cuando aquella noche acosado por la tormenta se vió obligado a guarecerse en aquella quinta: razones eran estas suficientes á conmover é interesar al más empedernido corazon; pero la dama, como tenia otras razones que más vehementemente la interesaban, á modo que no hizo caso de la situacion de D. Alfonso, y solo se lamentó de la desaparicion de su hermana Julia y sus consecuencias. D. Alfonso en vista de un dolor tan vehemente y verdadero, se olvidó completamente de su situacion y se puso á las órdenes de aquella bella dolorida sin el menor reparo; ella convencida de la sinceridad del que así se ofrecia, le contó como era hija del conde de Polan, su nombre Serafina y viuda hacia año y medio, á pesar de solo tener veintiuno de edad, pues solo habia tenido de matrimonio poco más de un año; díjole además que por disuadir á su hermana menor, Julia, de los amores con D. Fernando de Leiva, hacia un mes que se habian retirado á aquella quinta; que sin duda D. Fernando habia indagado su paradero, y comprando la fidelidad de algun criado habia logrado arrebatarla: ahora bien, añadió, si es cierto que de todas veras me compadeceis y deseais servirme solo os suplico que sin perder tiempo recorrais los pueblos limítrofes é indagueis el paradero de mi querida hermana, dándome palabra de venir á participarme el resultado de vuestras pesquisas. D. Alfonso, sin considerar lo crítico de su posicion, prometió de hacerlo así, y al efecto partió inmediatamente; mas no sin haberse despedido de Doña Serafina del modo más afectuoso.—Anduvo nuestro caballero dos dias haciendo toda clase de indagaciones, y con tan mala suerte que al regresar á la quinta solo pudo manifestar á la linda viudita que no habia adquirido noticia alguna del paradero de su hermana; entonces Doña Serafina le dijo como ella habia sido más dichosa, pues el dia antes habia tenido una carta de D. Fernando, en la que le decia que habiéndose casado con Julia la habia llevado á Toledo donde aguardaba el perdon de lo acaecido, y que por su intercesion demandaba del Conde, esperando que el disimulo de todo y un mútuo consentimiento diese fin á las rencillas que

de antiguo habia entre ambas casas. D. Alfonso felicitó por ello á su bella amiga y despues de esto hablaron de otras varias cosas, cuando hé aquí que llega un correo con una carta del de Polan para su hija. Doña Serafina demandó permiso de nuestro amigo para leerla; mas no hubo llegado á la mitad cuando rompió á llorar más amargamente que noches antes cuando echó de ménos á su hermana, y héteme aquí que el galante de D. Alfonso tiene que volver á consolar á su interesante amiga. No me consoleis, D. Alfonso, dijo ella, porque este es un mal verdaderamente irreparable y mucho ménos viniendo de vos el consuelo; pues en ese infortunado pliego me noticia mi padre que mi hermano Don Gaspar ha sido muerto en riña, y que el matador ha sido..... el hijo del baron de Steinbach. Verdaderamente confuso se quedó nuestro amigo con tan inopinada revelacion; su estupor fué tan grande como la desesperacion que se apoderó de él al ver correr nuevamente las lágrimas de tan interesante criatura, y al considerar que él era la causa de tanto dolor.

Arrójase á los piés de Serafina demandándole con vehemencia, no el perdon, sino la muerte en castigo de su delito, instándole con la espada desnuda á que la sepulte en su pecho y evitará de ese modo á la justicia el tener que castigarlo; mas á todo esto anegado en lágrimas ardientes, que demostraban lo sincero de su dolor; Doña Serfina, aunque inconsolable, tuvo lástima de nuestro caballero y con discretas razones, le dijo que aun cuando verdaderamente lastimada por tal desgracia, no dejaba de conocer que su hermano como provocador habia sido la causa de su desgraciado fin; pero que se uniria á su padre para que no quedase impune tamaño agravio; que así, pues, lo que le aconsejaba era huyese, pues estaba decidida á vencerlo en buena lid; mas no á aprovechar la ocasion que la hospitalidad del momento le ofrecia; nuestro amigo, vislumbrando en esta conducta no solo hidalguía sino tambien algun interés, determinó aprovechar las circunstancias y le dijo: pues bien, señora, ya que no es suficiente á irritaros en contra mia el lance que he tenido con vuestro hermano, os diré para obligaros á que me persigais que os amo con todas las fuerzas de mi alma, y no solo esto, sino que en vez de ser hijo del baron de Steinbach, soy un hijo abandonado á quien este señor tuvo la caridad de recoger en su desamparo y criarlo; asi pues, que no os detengan consideraciones.—Bien está, replicó la viuda, no por eso creais he de obrar sin la hidalguía que me prometí y á la que sois acreedor, por lo demás, olvidad ese funesto amor, pues bien veis que el destino lo hace imposible; escondeos pues, Don Alfonso, y evitad nuestras pesquisas. En vista de tan discretas razones salió de aquella casa nuestro compañero, y dejando el caballo á la ventura el noble bicho le condujo á Toledo, donde permaneció ocho dias sin ocultarse de nadie y sin ser de nadie molestado; al cabo de este tiempo, no pudiendo olvidar el amor que en su pecho habia por la linda viuda, abandonó aquella ciudad para vagar á la ventura; mas tuvo la suerte de encontrarse conmigo y evitar caer en poder de los cuadrilleros que yo habia dejado en la venta.

V.

Se da á conocer quién era el viejo ermitaño y otro compañero suyo; motivos que tuvieron para abandonar la ermita, y aventuras que corrieron los cuatro compañeros.

Atentamente escuchamos los sucesos que habian acaecido al bueno de Don Alfonso, y el ermitaño principió á aconsejarle lo que creyó mas oportuno para

la tranquilidad de su espíritu, haciéndole ver los peligros que le cercaban si no lograba desechar de sí aquella pasion tan vehemente. En estas y otras sabrosas pláticas estábamos cuando llegó á la ermita otro monje, segun denotaba el hábito que le cubría; hízonos una profunda reverencia y despues entregó al viejo un papel. Levólo el anciano atentamente y despues de enterado exclamó: ¡Todo sea por Dios! azares son estos á los que ya debia estar acostumbrado; y dirigiéndose á nosotros dijo: vean Vds. donde me notician de Cuenca, unos amigos, que han recibido sospechas sobre nuestros antecedentes y que trata la santa hermandad de hacer un escrupuloso registro en esta ermita para ver lo que haya de verdad sobre los rumores que circulan respecto á sus moradores; pero confío que el golpe lo darán en vago, pues solo encontrarán la jaula; dicho esto se despojó del hábito como tambien de la barba y peluca; limpióse el rostro de la tizne y harina que le cubria, y apareció á nuestra vista un gallardo y elegante mozo de unos treinta años, en el que era imposible reconocer ni por asomo ninguna de las señales del austero ermitaño que nos habia recibido horas antes; su compañero entretanto habia sacado de un viejo arcon unas calzas, gregüescos y ropilla, y quitándose las hopalandas que le cubrian se puso dichas prendas, habiéndose antes despojado de su rubia barba tambien postiza; pero júzgue e de mi asombro al reconocer en el viejo ermitaño al célebre D. Rafael hermano de Doña Camila, los mismos que en la casa de huéspedes de Valladolid me habian aligerado del equipaje, mulas y doblones que tenia, gracias á la generosidad de la señora que liberté de los ladrones; y su jóven acompañante era nada ménos que mi fiel criado Ambrosio Lamela.—¡Vive Dios! exclamé, que estamos en tierra de amigos. Así es, me contestaron á la par, y sin otra cosa dieronme un apreton de manos. Y bien, señores, dijo D. Rafael, ¿qué juzgan Vds lo más conveniente, dadas las circunstancias que nos rodean? mi opinion es que debemos alejarnos cuanto antes de estos sitios, y despues lugar habrá de tomar la determinacion que más nos cuadre. Convinimos en ello unánimemente, y con gran presteza acomodamos sobre el caballo de D. Alfonso el corto equipo que teníamos, y ademas unas alforjas bien provistas, junto con una grande y repleta bota. Anduvimos toda la noche por caminos escusados, que mis compañeros los monjes, perfectamente conocian, y cuando principiaba á ser de dia llegamos al lindero de un bosque frondoso y dilatado; apresurámonos á internarnos en él, y gozando de las delicias del sueño en sus agradables sombras estuvimos todo aquel dia, no sin que las alforjas y la bota contribuyeran á mitigar las necesidades que con razon reclamaban nuestros cansados cuerpos. Llegó la noche y con ella la libertad para nosotros de poder caminar impunemente; dispusimos lo necesario para la marcha, con ánimo de internarnos cuanto antes en el reino de Valencia; mas no bien habiamos principiado a caminar cuando por entre los árboles creimos distinguir una luz á lo lejos. Mucho nos dió que recelar aquella nueva, y para averiguar de dónde procedia se aproximó recatadamente mi antiguo criado, y al poco rato volvió diciéndonos: que la luz era de una hoguera, en cuyo derredor habia cuatro hombres comiendo; que mas allá habia un hombre y una mujer atados á unos árboles, y en otro lado se veia un coche con cuatro bien enjaezadas mulas; observó tambien que las armas de fuego pertenecientes sin duda á los cuatro que comian, estaban tan apartadas de ellos, y en sitio donde, gracias á los matorrales que las cercaban, seria facil llegar á ellas sin ser apercibidos de nadie.

Con tan extraordinaria novedad entramos en consejo sobre lo que aquello significaba y qué convendria hacer; mis antiguos conocidos, aunque acostumbrados á vivir de lo ageno, eran enemigos de las medidas violentas, así es que

fueron de opinion debiamos acudir sin vacilar al socorro de los que atados estaban; pues á nadie nos cupo la menor duda de que los cuatro eran bandidos y los que atados estaban algunos pasajeros que habian caido en su poder.

Tomada tan digna resolucion nos fuimos acercando con cuanta cautela pudimos al sitio donde los ladrones se hallaban; ellos no nos sintieron, pues gracias al festin que habian tenido, sus cabezas estaban calientes y hablaban con grande estruendo, mucho más cuando lo que discutian era quién debia gozar las primicias de la bella prisionera; hablaban todos á la vez, y es seguro que hubieran venido á las manos, si nosotros habiéndonos apoderado de las escopetas y encarándolos oportunamente no los hubiéramos dejado muertos en el instante.

Despues de tan sangrienta cuanto fácil hazaña, los antiguos anacoretas, como gente que lo entendia, se avalanzaron á los palpitantes cadaveres y en ménos de un minuto les desocuparon las faltriqueras; D. Alfonso y yo nos dirigimos á los prisioneros, que en un instante quedaron sueltos; pero en estremo turbados, pues no sabian si debian mirarnos como á libertadores ó como á nuevos bandidos; mas todos cuatro tratamos de reanimarlos asegurándoles que nada tenian que temer, pues éramos personas honradas á quien la Providencia les habia sin duda deparado para su salvacion. Los pasajeros nos agradecieron infinito el socorro que tan oportunamente les habiamos prestado, y con frases afectuosas nos aseguraron que deseaban hacernos patente su reconocimiento; pero júzguese de la grata sorpresa que tuvo D. Alfonso al reconocer en la joven libertada a la bella Doña Serafina; su acompañante era su padre el conde de Polan.

Disimulamos todos el conocimiento que entre D. Alfonso y la viuda mediaba, y por lo pronto nos ocupamos de llegar á una venta que decia Ambrosio no estaba muy distante; recogimos los caballos de los ladrones, y colocados en el coche el Conde, su hija y D. Alfonso, ocupó Lamela el lugar del cochero, á quien los ladrones habian matado, y montados D. Rafael y yo en los caballos conquistados y los demas del diestro nos pusimos camino de la venta, donde llegamos cerca de la media noche. El Conde nos reiteró las gracias por el favor que nos debia y nos invitó a pasar á Toledo para demostrarnos practicamente que no habiamos servido á un ingrato. Recibimos con modestia sus ofrecimientos y nos escusamos de admitirlos pretestando graves quehaceres; mas entre tanto aprovechó D. Alfonso nuestra conversacion con el Conde para manifestar á su hija que aunque obligado á aquella vida errante daba sus penas por bien empleadas, puesto que habia tenido ocasion de salvarla de un lance tan apurado; Doña Serafina le consoló lo que pudo, y si no le dió grandes esperanzas de alcanzar su amor, tampoco lo desahució por completo pues le dijo entre otras cosas: ¡Ay D. Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió la muerte á mi hermano?

Despedímonos del Conde y su hija, que en union del ventero trataban de llegar con bien á la villa de Turi; nosotros, caminando el resto de la noche, llegamos al ser de dia á unos matorrales junto al Campillo; nos internamos en ellos, y despues de apurar las provisiones que habiamos conducido en la bota y alforjas contamos nuestros fondos, que gracias al espolio de los ladrones habian crecido notablemente, y consistian en quinientos doblones y cinco buenos caballos con sus correspondientes armas y pertrechos. Como nuestros bienes eran comunes conferenciamos lo que nos convenia hacer; y lo mejor nos pareció que Lamela pasase al Campillo con dinero y un caballo á ver si podia venderlo, y de todos modos á comprar comestibles, puesto que no teniamos ya repuesto.

Confiadamente lo vimos partir, aunque dados sus antecedentes su vuelta fuese la del humo; pero en esta ocasion se portó noblemente, volviendo á la

tarde con víveres para un dia, y sin el caballo, que tuvo la fortuna de venderlo por cien ducados, de los cuales hizo fiel entrega.

El tiempo que Ambrosio estuvo ausente lo empleamos nosotros en dormir, y además D. Rafael tuvo la galante condescendencia de contarnos sus aventuras. No seria fácil hallar dechado más edificante que la vida de aquel bribon: era hijo de una comedianta sin marido; pasó sus primeros años en una afrentosa vagancia, despues entró casa del marqués de Leganés en calidad de acompañante de estudios de un hijo; pero habiendo tomado el maestro la costumbre de castigar á Rafael para corregir la rudeza del marquesito, le sentó mal dicha medida y se vengó robando al preceptor sus ahorros y huyéndose de Madrid, donde se hallaba, á Toledo, teniendo la suerte de no ser alcanzado en su hegira; en Toledo perfeccionó sus conocimientos uniéndose á varios *caballeros de la garra*, donde demostró la buena disposicion que tenia para el oficio; más adelante, caminando para Mallorca con uno de dichos *caballeros*, cayó cautivo de unos piratas argelinos; mas no se apuró por esta contrariedad, sino que, determinado á sacar partido de todas las circunstancias, renegó de nuestras creencias, se ciñó el turbante y alcanzó por este medio honores y riquezas, y todos los voluptuosos placeres de la vida musulmana. Aconteció un dia que á la nueva de que se vendian unos esclavos cristianos apresados por las galeras del Bajá, nuestro renegado, guiado sin duda por una secreta simpatía, se dirigió á la plaza á presenciar la subasta; pero ¿cuál no seria su sorpresa al reconocer en una de las cautivas á la comedianta á quien debia el ser? Atónito con tal descubrimiento, y no conviniéndole por el momento descubrirse, comisionó á un amigo para que la comprase á cualquier precio; leváronsela pues á su casa, y júzguese del asombro de Lucinda, que así se llamaba, cuando esperando hallarse en poder de un amo despótico se encontró con un hijo afectuoso; pasó despues algunos años más entre los moros, hasta que por acallar los gritos de su conciencia, determinó volverse á España y hacer una pública abjuracion de sus errores; pero al comunicarselo á su madre, opuso esta tan tenaz resistencia á abandonar el islamismo, y mucho menos un robusto moro de quien estaba enamorada, que es seguro que si su hijo insiste en que le hubiese acompañado, no hubiera encontrado dificultad en hacer una delacion que sin duda alguna lo hubiera llevado á la hoguera; pero gracias á una prudente division de los muchos bienes que D. Rafael poseía, y sobre todo á él no violentarla en sus inclinaciones, Lucinda se conformó en que su hijo partiera en sigilo á bordo de una nave genovesa. A la llegada de nuestro héroe á Italia, y gracias á los recursos que llevaba, encontró perfecta acogida en los círculos aristocráticos, todo ello á costa de su fortuna, que en orgías desordenadas y ostentaciones fastuosas la vió menguar en poco tiempo de una manera notable, y tanto así, que determinó volverse á España antes que los italianos presenciasen su pobreza.

Llegó á Madrid con sus recursos bastante apurados, y como la cabra siempre tira al monte, recordó los tiempos en que solamente con atrevidos golpes de mano se divertía y pasaba una envidiable vida; así pues, no tardó en unirse á otros aventureros, y mas particularmente á la figuranta llamada Camila, que les ayudó á desbalijarme en la casa de huéspedes de Valladolid; mas como sus fechorías eran cada vez más acentuadas, se veian con frecuencia en la precision de mudar de vecindad, y no pocas de cambiar tambien de pelo y disfrazarse para evitar el caer en mano de las justicias. Inútil es decir que Ambrosio estuvo mucho tiempo en compañía de tan insignes bribones, y que cuando se ajustó de mozo conmigo no llevaba mas idea que hacerme la jugada que tan perfectamente ejecutaron.

Despues de aquel lance se tuvieron que separar de Camila y anduvieron á salto de mata viviendo Dios sabe cómo, hasta que un dia al cruzar una agradable y frondosa selva hallaron una ermita y en ella un ermitaño hincado de rodillas en ademan contemplativo; acercáronse á él respetuosamente y entonces el venerable abrió los ojos y les dirigió estas palabras: «Hermanos mios, seais quienes fuéreis, aprovechaos del espectáculo que se ofrece á vuestra vista. Cuarenta años he vivido en el mundo y sesenta en esta soledad. ¡Ah! y mucho temo que las austeridades del hermano Juan no hayan sido suficientes á expiar los pecados del licenciado D. Juan de Solís.»

Apenas dichas estas palabras espiró el pobre anciano.

Nuestros aventureros, ante ejemplo tan imponente no se arredraron, y solo vieron la ocasion mas oportuna de burlar las persecuciones de la justicia: al efecto concertaron el modo de llevar á cabo sus planes. Enterraron al hermano Juan, despues de haberle despojado del hábito y recortado su larga barba blanca, y con ella le arregló Ambrosio una postiza á D. Rafael Lamela por su parte; valiéndose de algunos conocimientos que tenia en la próxima ciudad de Cuenca, se disfrazó tambien de ermitaño, y manifestó á los que acudian á visitarle que habiendo tenido noticias que el hermano Juan se hallaba enfermo, habia acudido á asistirlo; pero no se crea que nuestros conocidos llevaron su ficcion hasta el punto de hacer una vida enteramente eremítica; todo menos que eso: apenas anochecia cuando sigilosamente se dirigian á Cuenca, y en casa de unas falsas beatas pasaban la noche mas confortablemente que en la ermita.

Tres meses llevaron esta vida, hasta que habiendo tenido aviso de que la santa hermandad trataba de registrar la ermita, determinaron abandonarla como ya dije mas arriba.

Reparadas las fuerzas con las escelentes provisiones que trajo Ambrosio, nos pusimos nuevamente en camino, y al amanecer entramos en la villa de Chelva, perteneciente al reino de Valencia. Nos aposentamos en un meson colocado á la salida del pueblo, y despues de haber descansado, salimos D. Alfonso y yo por un lado y los antiguos ermitaños por otro; cuando á la tarde volvimos á la posada, los encontramos encerrados en el cuarto cuidadosamente ocupados en preparar unos estraños trages; les preguntamos el significado de aquellos trevejos y nos contestó Ambrosio: estos trages que Vds. ven son para disfrazarnos de agentes del Santo Oficio, y dar un atrevido golpe de mano en el arca de un mercader judío, tan rico como avaro, que vive en esta villa; contamos con que Vd., señor Gil Blas, no tendrá inconveniente en desempeñar el papel de alguacil en esta farsa, é interin la representamos D. Rafael podrá esperarnos con los caballos á alguna distancia del pueblo. Convinimos en ello: y llegada la noche salimos de la posada y nos dirigimos á un breñal que estaba no muy distante; llegados allí se coloco Ambrosio el traje de inquisidor, D. Rafael el de escribano y yo el de alguacil, llevando además papeles, un tintero de cuerno, un candado, una barra de lacre verde y un sello; armados de esta suerte nos fuimos en derechura á la puerta del mercader Samuel Simon, que así se llamaba. El mismo salió á abrirla, y quedó estrañamente sorprendido de ver en su casa aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho más luego que Lamela en tono imperioso le dijo: Seor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo comisario soy, os ordeno que me entregueis las llaves de vuestro despacho; quiero ver si hallo en él las pruebas del delito que se os acusa.

Convulso y azorado nos franqueó la entrada de su tienda, y á una indicacion del padre comisario se retiró á otro aposento dejándonos en completa libertad de hacer el registro.

Ausente el pobrete de Samuel, sin pérdida de tiempo nos pusimos á buscar el dinero, que nos costó poco trabajo encontrar, pues estaba en un cofre abierto, donde habia más del que podiamos llevar. El tal cofre estaba cuajado de talegos llenos de monedas de plata, y con ellos nos enchimos completamente nuestros bolsillos, y demás huecos susceptibles de llevar algo, acreditando en esta ocasion Ambrosio y D. Rafael lo ágiles que eran para esta clase de faenas.

Salimos, pues, del despacho haciendo por que no se conociese la entruchada, y disimulando el extraordinario peso que nos hacia; el señor comisario entonces puso el candado en la puerta, y además el sello, que como he dicho llevábamos á prevencion; despues de esto conminó al pobre mercader, amenazándole con todo el rigor del Santo Oficio si llegaba á querer violentar ninguna de dichas cerraduras. Sumamente confuso dejamos á Samuel, y volando más bien que corriendo, llegamos al sitio donde D. Alfonso nos aguardaba: colocamos el fruto de nuestra hazaña en las alforjas y montando á caballo alegremente, cuando fué de dia nos encontramos á la vista de Segorbe.

Siguiendo nuestra costumbre nos apartamos del camino, y á la sombra de unos árboles al pié de una colina nos internamos á descansar y á tomar nuestras medidas para lo futuro. Despues de hablar largamente del golpe de la noche precedente, D. Alfonso tomó la palabra, y con breves y sentidas frases manifestó, que no pudiendo avenirse á cierto malestar interior por las consecuencias de aquella vida de azares, estaba decidido á partir al punto más inmediato, y embarcarse para Italia, donde sentaria plaza en los tercios españoles; yo, guiado por lo simpático que desde luego me habia sido aquel jóven, manifesté tambien estar decidido á correr su suerte. Viendo los antiguos ermitaños nuestra firme determinacion resolvieron que se hiciesen de los fondos cuatro partes, una para cada uno; además teniamos un buen caballo cada cual, con lo que á la mañana siguiente habiéndonos despedido de aquel buen par de alhajas tomamos el camino de Valencia, mientras ellos quedaron acordes en llegar á Segorbe.

VI.

Inesperada felicidad de D Alfonso y de Gil Blas.—Nuevos amores de éste.—Su privanza con el Arzobispo de Granada y vuelta á Madrid.

Durante cuatro dias caminamos en direccion á Valencia, y siempre con el propósito de embarcarnos para Italia, cuando yendo por las inmediaciones de Liria, al salir de una revuelta del camino nos encontramos con una vistosa quinta, á cuya puerta habia bastante gente bailando y divirtiéndose en señal de fiesta y alegría; dirigímonos allá con ánimo de descansar un poco; mas antes de llegar, D. Alfonso quedó sumamente sorprendido al ver salir de entre los circunstantes un caballero en quien reconoció al baron de Steinbach, que todo arrebatado de gozo exclamó: ¡Ah querido D. Alfonso! ¡vos por aquí! cuando por todas partes os andan buscando. Apeóse mi compañero y se arrojó en los brazos del baron, cuya alegría parecia excesiva.

—Ven, hijo mio, le dijo el buen viejo: presto sabrás quién eres y serás completamente feliz. Diciendo esto le condujo á la habitacion, á donde yo tambien fui, despues de dejar atados los caballos á un árbol.

En la quinta hallamos á un sujeto de noble y bella presencia, á quien diri-

giéndose el baron de Steinbach le dijo: Señor D. César de Leiva, aquí teneis presente á vuestro hijo D. Alfonso. A estas palabras, aquel caballero echó los brazos al cuello de mi amigo y le dijo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que te dió el ser. Mil veces he suspirado de pena por no poderte dar el dulce título de hijo; pero la estremada rigidez de mi padre ha impedido hacer público el secreto matrimonio que contraje con tu ya difunta madre, á quien sin duda hubiera sido ménos triste su última hora si hubiéramos podido hacer público nuestro casamiento y tu existencia. Ya no vive mi padre, y así puedo sin obstáculo alguno decir quién eres y declararte mi único heredero; ahora solo me resta presentarte á un respetable y querido amigo mio, y en particular á una hija suya con quien no tendria inconveniente te enlazases.

Diciendo esto nos guió D. César á otra habitacion donde, con la mayor sorpresa, encontramos al conde de Polan, su hija Serafina, la hermana de esta, Julia, y su esposo D. Fernando de Leiva, que era sobrino de D. César. Recibiónos el Conde con los brazos abiertos proclamándonos sus libertadores, y dijo á D. Alfonso: reconoce como premia la Providencia la virtud; si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvastes la mia, junto con el honor de Serafina; así pues, pudiendo más en mí el agradecimiento que la venganza, te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuya posesion sé que anhelas.

El hijo de D. César correspondió con las más vivas espresiones al cumplido que le hacia el Conde, y bien se puede asegurar que pocas veces será tan completamente feliz una persona, como en aquel instante lo fué nuestro D. Alfonso. Inútil es decir que de dicha felicidad me cupo una gran parte, pues el agradecimiento del Conde y la amistad de D. Alfonso se disputaron á porfía el hacerme dichoso; D. César, reconocido tambien á los servicios que á su hijo habia prestado, me aseguró que mi fortuna corria de su cuenta.

De allí á pocos dias se celebró el casamiento de D. Alfonso con la bella Serafina; yo preferí quedarme con ellos de mayordomo á pasar al servicio del Conde. La primera diligencia de mi nuevo amo fué mandarme á entregar los tres mil ducados que habiamos robado á Samuel Simon, dando así una prueba de la rectitud de sus sentimientos; yo, por mi parte, me dediqué enteramente al fiel desempeño de mis obligaciones, y puedo decir que administré con manos muy limpias y fuí un mayordomo de los pocos que hay.—Esto no impidió que el amor hiciese morada en mi pecho, siendo la causa de esta nueva pasion el hermoso color y los bellos ojos del ama de llaves de Serafina, llamada Lorenza Séfora; ella por su parte se mostraba igualmente apasionada del jóven mayordomo, y es seguro que hubiera habido mucho que hablar de estos amores si mi veleidosa estrella no lo hubiera dispuesto de otra suerte. Fué, pues, el caso que uno de los lacayuelos de la baja servidumbre entró cierta mañana en mi aposento y despues de pedir permiso me habló en estos términos: He conocido, Sr. Gil Blas, las atenciones que merece á V. la señora Lorenza, mas por lo que importarle pueda, y movido del afecto que á V. profeso, debo decirle que en el cuarto de la tal dama entra todas las noches y recatadamente el barbero del lugar, que es un galante mozo; yo puedo hacer que V. se desengañe por sus ojos; mas lo único que le suplico es que no me descubra. Ofrecí al lacayo el sigilo y convine con él me avisará en el momento en que el presunto galan entrase en la habitacion de Lorenza; con efecto, no bien hubo anochecido me retiré á mi habitacion, donde á poco llegó el lacayo á anunciarme que ya estaba mi rival en el cuarto de la dama; vivamente indignado, mas bien que celoso, me ceñí una larga espada, y me aposté en un sitio escusado que á pocos

pasos de la casa habia; al cabo de una media hora dejose ver mi enemigo á quien me adelanté tizona en mano é intimidándole que se pusiera en guardia. Sorprendido el barbero de mi ademan me dijo: ¿qué es esto, Sr. Gil Blas? ¿cuándo ó en qué cosa he podido ofenderle? Sosiéguese y dígame lo que pretende, que al cabo, si se empeña, habrá ocasion de agujerearnos el pellejo. Es, seor barbero, le respondí, que no crea que un hombre de mi talante ha de consentir tranquilamente que le soplen la dama de sus pensamientos; pues es donoso, ¡vive Dios! lo que sucede, y ¡cómo es cierto que engañan las apariencias! Ha de saber V., Sr. Gil Blas, que aunque es cierto entro todas las noches en el cuarto de la dama Lorenza, solo me ocupo de curarla un cáncer inveterado que tiene en las espaldas, y si contra lo que debo revelo este secreto no creais es por temor ó miedo, sino por evitar que tontamente nos suceda una desgracia; pero si es que de todos modos quereis que riñamos, sea en buen hora. Basta, respondí, acepto nuestra sincera esplicacion, y para que veais no os guardo rencor alguno, tomad mi mano en prueba de amistad; de este modo, y apretándonos las diestras con efusion, terminó aquel lance.

Mortal fué el golpe que recibió mi amor hácia Lorenza con la inesperada revelacion del barbero; mi ilusion se desvaneció completamente, y donde hasta entonces habia admirado hermosura y encantos, solo veia ahora la hediondez mas repugnante; cesé por lo tanto de buscar las ocasiones de hallarla á solas y es posible que nunca mas la hubiese hablado, si ella misma, vista mi indiferencia, no hubiera provocado expresamente una entrevista: en esta ocasion principió por recordarme los afectos y sentimientos que hasta allí la habia manifestado, y que la chocaba muchísimo el desdén con que la miraba; á razones tan ciertas, y no teniendo qué replicar, formulé una escusa tan fria que Lorenza se irritó más en vez de calmar su enojo; conoció claramente el caso que de ella hacia, y prorumpió en denuestos á mi persona, diciendo que siendo un perdido, un aventurero, debia haber tenido á mucho honor el que se hubiera dignado dirigirme sus pensamientos, cuando personas de alta gerarquía solo habian conseguido sus desdenes. Irritóme esto sobremanera, y no pudiendo contenerme la dije: señora, á nadie despreciemos: si esos personajes de quien Vd. habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado adelante. Apenas hube disparado esta saeta cuando la enfurecida dueña me pegó la mas grande bofetada que jamás ha dado mujer colérica; para no recibir otra y las que hubieran seguido, me dí á correr, y no paré hasta verme seguro en mi cuarto. Algo tranquilo allí, principié á reflexionar lo cruelmente que habia herido el amor propio de aquella infeliz, echándole en cara una falta que compasion y no desprecio merecia; por otro lado reflexionaba las consecuencias que tal lance pudiera tener, pues podia llegar á malquistarme en el ánimo de mis amos, toda vez que Lorenza casi habia criado á doña Serafina y la merecia un aprecio superior, por lo cual la autoridad de la dueña en la casa era casi absoluta; todas estas razones me indicaban que mi presencia en aquella casa iba á ser bastante crítica; por lo tanto determiné ausentarme, y para que Don Alfonso no lo impidiera, salí de la quinta antes de amanecer sin despedirme de nadie; pero dejando en mi cuarto una nota-cuenta del tiempo que habia desempeñado mi mayordomía.

Como al abandonar el servicio de D. Alfonso me encontraba dueño de un buen caballo y doscientos doblones, pensé correr tierras y divertirme algo antes de solicitar un nuevo acomodo; anduve pues todo el reino de Murcia, y despues quise ver el de Granada. Admirando los grandiosos monumentos de esta ciudad me hallaba una tarde, cuando quise reconocer en cierto caballero á D. Fer-

nando de Leiva, el esposo de Julia; él tambien reparó en mí, y aproximándose me manifestó la estrañeza que le causaba encontrarme en Granada, cuando él creia estaba en la quinta de Liria y al servicio de D. Alfonso; yo le conté minuciosamente el motivo de mi salida de aquella, además le manifesté que, si como decia, deseaba servirme le suplicaba viera si algun amigo ó conocido suyo necesitaba algun secretario ó mayordomo, en cuyo caso no tenia inconveniente el volver á servir; prometió ocuparse de mi pretension y me encargó fuese á verle de allí á tres dias, para lo cual me dió las señas de la posada que ocupaba; no falté á la cita, y apenas me vió D. Fernando me dijo: y bien, Gil Blas, ya estás servido, tal vez mejor que pienses: has de saber que el arzobispo de esta ciudad, de quien soy algo pariente, necesita un secretario, ó mejor dicho escribiente para que le copie las homilías que predica, ministerio que desempeña con el mejor fervor y constancia; así, pues, no tienes mas que presentarte en el palacio arzobispal y decirle que eres mi recomendado, ya verás lo bien que te acoje.

Di gracias á D. Fernando por lo que por mi se interesaba, y sin perder momento me dirigí al palacio de su ilustrísima, teniendo el honor de ser recibido por él apenas pasaron mi nombre. El buen prelado era grueso, de corta estatura, y de unos sesenta años; pero no obstante ellos se conservaba con toda la entereza de la virilidad: me hizo mil preguntas sobre mi familia, instruccion y ejercicio de mis primeros años, por lo que me ví en la precision de hacerle una confesion general, aunque reservándome aquellas circunstancias de mi vida que hubieran podido desprestigiarme á los ojos de mi nuevo señor. Mostróse indulgente con mis extravíos, y no poco admirado de que dadas las compañas y ocasiones que habia tenido, no me hubiese totalmente pervertido, y por último me prometió su proteccion y valimiento á condicion tan solo de que lo sirviera con sinceridad; prometí hacerlo así de todas veras, y desde aquel instante quedé admitido al servicio del señor arzobispo. Al principio me ocupó su ilustrísima en que le copiara varios sermones, aunque cada dia dándome mayores pruebas del aprecio que le merecia. Le gustaba sorprenderme cuando estaba escribiendo, y sentándose á mi lado me hacia muchas preguntas sobre qué me parecian sus sermones, y lo que se decia de ellos públicamente; yo le contestaba que, aunque imperito en la materia, sus obras solo las consideraba comparables con los discursos de S. Gerónimo, S. Agustin y otros gigantes por el estilo. No dejaba de notar lo que el buen señor se holgaba con estos cumplidos, y asi es que mi panegírico por sus obras iba siempre en aumento; un dia, como otros varios, se acercó al escritorio y sacando la conversacion de la obra que al presente le escribia, no solo quiso saber mi parecer sobre toda ella, sino que me hizo le citara aquellos pasajes que me parecieran mas sublimes; contesté encomiando toda la obra, y además subió el diapason de mis alabanzas en aquellos estremos de que él estaba mas satisfecho: al ver mis respuestas, que tanto lisonjeaban su amor propio de escritor, lleno de orgullo y satisfaccion me dijo: siempre en el tiempo que me sirves, te he tenido por jóven de claro entendimiento y de una instruccion no muy comun; pero tus últimas razones me hacen ver que es mayor tu entendimiento de lo que á primera vista se deduce; por lo tanto, quiero hacerte mi favorito distinguido, aunque esta gracia no está exenta de una obligacion por tu parte, y es: que en el momento que conozcas que mis obras desmerezcan y no son del mérito que generalmente las distingue, me lo digas sin rebozo ninguno; pues si por cortedad ó miramiento te abstuvieses de hablarme con franqueza, y por otro lado llega á mis noticias que mis composiciones no son dignas de mi pluma, desde ahora

te advierto que el pago que sacarás será perder mi proteccion, y diciéndome la verdad ten por cierto que tu fortuna está asegurada.

Mas de un año llevaba al servicio del arzobispo, siendo masbien su favorito que su criado; en este tiempo tuve ocasion de alcanzar una porcion de gracias y empleos tanto para la servidumbre del palacio, cuanto para algun eclesiástico de la jurisdiccion de su ilustrísima; por lo cual toda la servidumbre del palacio me dispensaba si no su amor, por lo menos su respeto; pero quien me cobró un verdadero afecto fué un ayuda de cámara llamado Melchor de la Roda, pues con sus prudentes y juiciosas observaciones, contribuyó en mucho á que pudiera fácilmente manejarme en mi dificultosilla posicion.

Aconteció un dia que nuestro prelado se vió acometido de una apoplegía; mas gracias á los auxilios que le fueron administrados se curó en breve de su dolencia, aunque no de la pasion que le dominaba por predicar homílias: la primera que compuso adolecia de defectos tan marcados contra la elocuencia, y distaba tanto de sus anteriores composiciones, que bien se conocia lo relajada que habia quedado su cabeza del pasado ataque. Así que me consideré en el caso de darle el aviso que con tantas instancias me tenia recomendado, y su ilustrísima mismo me facilitó el camino de hacerlo, preguntándome mi parecer sobre su última obra: respondíle que las suyas siempre eran sublimes; pero que se me figuraba que la última no rayaba tan alto como las anteriores, y le aseguré que si manifestaba tan abiertamente mi parecer era por cumplir lo que tan espresamente me tenia mandado. Inmutóse al oir estas razones, y dándome una palmadita en el hombro me dijo: ¿con que mi última composicion no es del agrado de Vd., señor Gil Blas? pues sepa que no he compuesto ninguna tan sublime; al ver tu opinion conozco lo limitado de tu capacidad, por lo tanto date por despedido; mas antes, dile á mi tesorero que te dé cien ducados y vendito de Dios vayas.

Sumamente indignado salí del estudio, aunque mi enfado no llegó á tanto que me impidiese avistarme con el tesorero y cobrar los cien ducados, que me sirvieron grandemente para trasladarme á Madrid sin tener que descabalar mi pequeño caudalejo. Antes de marchar me despedí del ayuda de cámara Melchor, el cual me recomendó visitase á un sobrino suyo, llamado José Navarro, que estaba de repostero en casa de D. Baltasar Zúñiga. Quince dias despues hacia mi entrada en la coronada villa, á la que ya tenia deseos de volver á ver.

VII.

Enfermedad de Gil-Blas y sus consecuencias.—Su acomodo con el duque de Lerma y brillante posicion que adquiere.—Servicio que hace á D. Alfonso.—Proyecto de casamiento y fracaso que lo estorba.

Dos meses estuve en Madrid sin procurar acomodo alguno, y ocupándome tan solo en admirar las maravillas que encerraba la córte, cuando de repente me sentí acometido de una fuerte calentura, que segun me dijeron, me tuvo ocho dias postrado y con muy pocas esperanzas de vida; pero mi juventud triunfó de la enfermedad y á los diez dias se despidió el médico diciéndome que estaba fuera de peligro; me levanté, pues, y no fué poca mi sorpresa al encontrarme poco menos que sin un cuarto, pues segun la cuenta que mi patrona me presentó habia gastado mis queridos ahorros durante el tiempo de mi enfermedad; me encontraba en una situacion bastante apurada, y con necesidad de

buenas comidas para reponerme, cuando justamente carecia de los medios de adquirirlas; en esta crítica situacion me acordé de la visita que me encargó Melchor de la Roda para su sobrino José Navarro: fuí, pues, á visitarle y quedé sumamente prendado de lo bien que me acogió; sintió infinito mis desgracias, me ofreció sus servicios y me invitó á que fuese todos los dias á comer en su compañía; le dí gracias por sus ofrecimientos, y, aunque con rubor, tuve que aceptar el plato que me ofrecia, por no tener otro recurso para salir adelante.

A los dos meses de estar comiendo con el repostero me dijo un dia: señor Gil-Blas, tengo que proporcionaros un acomodo muy bueno: sepa Vd. que el duque de Lerma, primer ministro de la corona de España, para entregarse enteramente al despacho de los negocios del Estado, confia el cuidado de los suyos á dos personas, una es D. Rodrigo de Calderon y la otra D. Diego de Monteser; este tiene regularmente á sus órdenes dos administradores que hacen la cobranza de los fincas arrendadas, y como supe esta mañana que habia despedido á uno de ellos fuí á pedir su plaza para Vd. El señor Monteser, que me conoce, y de quien me precio ser estimado, me la ha concedido sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de V., y ahora despues de comer iremos á su casa.

Así lo hicimos: fuí recibido con mucho agrado, y colocado en el empleo del administrador que habia sido despedido; mi obligacion era visitar las granjas, repararlas y cobrar los arrendamientos. Todos los meses daba mis cuentas á D. Diego, quien las examinaba con mucha atencion; pudiendo decir en abono de mi rectitud que jamás tuvo nada que tachar.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la quinta de Lerma, y con este motivo pasé á ella inmediatamente a reconocer el daño. Habiéndome informado puntualmente de las circunstancias del incendio, formé una extensa relacion de ellas, que Monteser manifestó al duque de Lerma. El ministro, á pesar del sentimiento de saber tan mala nueva, admiró la relacion, y no pudo menos de preguntar quién era su autor. D. Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan en favor mio, que pasados seis meses se acordó S. E. de esto con motivo del fallecimiento de uno de sus secretarios particulares, y determinó entrase á su servicio; Monteser me participó esta agradable noticia, diciéndome: amigo Gil-Blas, siento os separeis de mí; pero como os estimo no puedo menos de alegrarme seais sucesor del difunto secretario. Hareis fortuna si seguís mis consejos, y es: que os mostreis tan adicto á S. E. que no dude le profesais el mayor afecto, y que hagais la córte á D. Rodrigo Calderon, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera, y por lo tanto os aseguro que si teneis la dicha de agradarle subireis mucho en poco tiempo.

Al instante pasamos á casa del ministro, a quien encontramos dando audiencia en una gran sala: allí habia gentes de todas clases y condiciones en solicitud de empleos, honores y condecoraciones. Esperamos que despachara á todos los pretendientes y entonces D. Diego le dijo: Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para secretario. Miróme el Duque, y me dijo con mucha afabilidad que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho; dicho esto despidió á Monteser, y me llevó á un cuartito inmediato á su despacho donde me entregó un informe escrito por un agente de Cataluña, y me ordenó lo trasladase á un gran libro de registro que al efecto se llevaba; pero con el encargo de purgarlo de los modismos provinciales y locuciones toscas que tuviera, de modo que quedase un lenguaje florido y elegante. Luego que estuvo concluido este trabajo lo leyó cuidadosamente y mostró quedar satisfecho; des-

pues me entregó otro, y por algun tiempo esta fué mi ocupacion habitual.

Mi acomodo con el primer ministro de la corona exaltó mi vanidad, y creyéndome poseedor de un sueldo magnífico alquilé una soberbia habitacion, haciéndome tratar con lujo extraordinario; pero hé aquí que pasaban meses y mas meses y S. E. no se daba por entendido ni me señalaba sueldo alguno en retribucion de mis servicios, aunque por otro lado me colmaba de atenciones, ya confiándome secretos de importancia, ó bien encargándome comisiones delicadas, y sobre todo con hacer que le acompañase á las visitas á palacio; todo ello me daba el aspecto de un agraciado favorito, excitando no pocas envidias y atenciones; pero lo que todo el mundo ignoraba era que mi alimento consistia solo en un panecillo y un trago de vino que para desayunarnos nos llevaban á la oficina; mi soberbia habitacion tuve que dejarla por no tener con qué pagar, y mi guardaropa estaba desierto, sin tener mas equipo que lo puesto; y como que el continuar callando equivalía á suicidarme, tomé el partido de hacer presente mi estado al Duque, aprovechando para ello ocasion de hacerlo de modo que no le hiriera la susceptibilidad, y fuí tan feliz en mi demanda que por el momento me entregó S. E. una libranza de mil quinientos ducados, con la promesa además de recibir otro tanto cada año; además me dió permiso para que le hablase á favor de los sujetos que desearan conseguir alguna gracia, intercesion que no dejaria de producirme alguna utilidad. Contentísimo con el cambio operado en mi fortuna, dejé el triste cuarto de posada que en mi pobreza habia habitado, volví á mi lujosa habitacion, me hice lucidos trajes y tomé á mi servicio un criado ágil y entendido. Su nombre era Escipion y su exterior no tenia nada del aspecto hipócrita de mi primer mozo, Ambrosio; antes bien tenia un aire picaresco que era lo mas á propósito para lo que principalmente tenia que ejecutar, pues valiéndome del permiso que me habia dado el ministro, le dije á Escipion que si sabia de algunos sujetos que fuesen á la córte en busca de mercedes, podia presentármelos, pues gozaba del favor del duque de Lerma y por lo mismo me seria fácil servirlos. Escipion se alegró mucho de esto y me aseguró que seria complacido: para principiar me presentó á otro dia á un caballero, llamado D. Rogerio de Rada. Este hidalgo se veia precisado á ser indultado de un homicidio que habia cometido en la persona de un tio suyo; bien es verdad que le impulsó á ello el deber de lavar la calumnia que éste mal pariente habia echado sobre el honor de su madre; intercedí por él, disculpando su delito con la rectitud de sus intenciones, y tuvo la fortuna de conseguir una rehabilitacion completa y un olvido de su falta; regalóme cien doblones por el favor y se volvió tan contento á su patria. Yo hice á mi criado un buen regalo por vía de corretaje, y él fué tan agradecido y eficaz que antes de mucho me llevó otro pretendiente, y luego otro, y despues más, de modo que no pasaba dia sin que tuviese que incomodar al ministro en demanda de alguna gracia, y puedo decir que S. E. no solo no se incomodaba por ello sino que me animaba para que siguiese explotando aquella mina tan rica. De este modo mis asuntos iban como la espuma: en poco mas de un año tuve el gusto de ver repletos seis talegos ó medios costales de buenos pesos duros españoles, amen de tres mil doblones de á ocho en oro que constituia, por decirlo así, mi tesoro privado ó hijo predilecto; con tan buena fortuna y en disposicion de aumentarla mucho más, monté mi casa con un tren y aparato deslumbrador: carrozas elegantes, fogosos caballos de carrera, opípara mesa, frecuentes convites, y sobre todo una nube de lacayos, cocineros y ayudas de cámara formaban la córte del poderoso y agraciado favorito *Sr. Gil Blas de Santillana*; á mi criado principal, Escipion, lo elevé á la categoría de mayordomo, aunque en realidad era mas

bien un aliado y amigo que un servidor; no tenia renta señalada, aunque tampoco tenia nada oculto, y tanto de mis tesoros cuanto de mis secretos era un segundo amo; bien es verdad que yo le daba regularmente una décima parte de lo que me valian las gracias que conseguia, y de este modo juntó tambien su buena pacotilla.

Así las cosas, me llamó un dia el ministro á su gabinete y despues de asegurarme nuevamente del afecto que me tenia, me dijo, que siendo una de las claves de la política el halagar las pasiones y gustos de los príncipes, y no queriendo que el infante, que mas adelante se llamó Felipe IV, se inclinase á ningun favorito que mas tarde pudiese hacerle sombra, habia puesto á su lado á su sobrino el conde de Lemos; que éste le habia manifestado que S. A. no le ocultaba los deseos de poder galantear á alguna hermosura; que así era preciso que mi perspicacia descubriese una dama digna de tal honor; prometí servirlo inmediatamente y me retiré á mi casa: llamé á Escipion, y lamentándome de lo árida que pasaba la vida sin amor, le encargué me buscase una ninfa á cuyo lado pudiera olvidar los sérios quehaceres que me rodeaban; mas con la condicion de que fuese persona de la honradez posible; aceptó el encargo, y tan por su cuenta lo tomó que de allí á tres dias me manifestó habia descubierto un tesoro en una señorita llamada Catalina, de buena familia y de indecible hermosura, que vivia á la sombra de una tia suya en una bonita casa de una calle que me citó.

Quise visitar á aquella dama antes de comunicar el descubrimiento al conde, y ordené á Escipion indagase á qué hora podria visitarla aquella noche; volvió diciéndome que entre once y doce; no falté á la cita, y fuí recibido á oscuras por una criada que me cogió de la mano y me condujo á una sala decente donde encontré á las dos señoras airosamente vestidas y sentadas en almohadones de raso. Luego que me vieron se levantaron y me saludaron con bastante finura.

La singular hermosura de la jóven me fascinó, y dándome la enhorabuena por tan grato hallazgo les hice un cumplido muy galante, al que contestaron con agradable finura; despues entré de lleno en el desempeño de la comision que llevaba, manifestándolas que el heredero de la corona de España se consideraría dichoso si lograba que Catalina admitiese los galanteos que por mi mediacion la ofrecia; al pronto se mostraron un poco reservadas, mas despues que hubimos estipulado las condiciones, me hicieron mil agasajos, con lo que me tomé algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas, y cuando nos separamos me abrazaron de su propio motivo. El conde de Lemos tuvo suma alegría cuando le dije que habia hecho un descubrimiento cual podia apetecerse; le hablé en tales términos que le entraron deseos de ver á Catalina. Le conduje á la noche siguiente, y me confesó que habia hecho muy buen hallazgo. Al dia siguiente me dijo que el príncipe, á quien habia dado parte de todo, deseaba aquella noche visitar á Catalina; que á las diez los aguardase con mi coche en la salida del Campo del Moro para acompañarlos allá. Obedecí la órden; pero antes avisé á las ninfas que estuviesen prevenidas para recibir al príncipe; éste, acompañado de Lemos y yo, llegó casa de Catalina, á cuya vista quedó deslumbrado; ellas hicieron por agradarle cuanto pudieron, y lo consiguieron tambien, que todo enajenado cayó á los piés de aquella sirena, y solo cuando venia el dia conseguimos arrancarlo de aquella casa. Inútil es decir que aquellas visitas se sucedieron por espacio de mucho tiempo. Consecuencia de esto, que mi fatuidad creció extraordinariamente, y que con el orgullo adquiriese las faltas de desnaturalizado y desagradecido: tanto así, que habiéndome interesado José Na-

varro diese un empleo á un récomendado suyo, lo dejé sin él y se lo negocié á otro pretendiente por recomendacion de ciento cincuenta doblones que me dió. Y para vergüenza mia debo decir, que estando nadando en la abundancia, no tuve ni la atencion de informarme del estado de mi familia y socorrerla si tenian necesidad de ello.

Muy al contrario, el demonio del orgullo y la avaricia se habian apoderado de mí; y á efecto de aumentar mi tesoro estaba en tratos de contraer matrimonio con la hija única de un platero riquisimo, el cual la daba por dote cien mil ducados.

Por los dias que trataba mi casamiento tuve noticia que habia vacado el gobierno de Valencia, y me entraron tan grandes deseos de sorprender á mi amigo D. Alfonso con aquel empleo, que me determiné solicitar del ministro lo proveyera en tan digno sujeto. S. E. accedió gustoso á mi demanda y me entregó el nombramiento; mandéselo con un correo extraordinario á D. Alfonso, acompañado de una carta del duque, todo ello por orgullo de que al venir á jurar admirase la envidiable suerte que disfrutaba. Abreviábanse entretanto los preparativos de mi boda, estando su realizacion aplazada para un corto plazo, cuando al regresar una noche á mi casa fué detenido mi coche á los gritos de *favor al Rey*; bajéme apresuradamente y me ví rodeado de una veintena de arcabuceros, que con modales brutales se apoderaron de mí y me hicieron entrar en otro coche en union del jefe de la escolta; púsose el vehículo en movimiento, y cuando fué de dia hacia rato que estaba encerrado en una de las prisiones de Estado del castillo de Segovia, y no por cierto de las más cómodas.

VIII.

Prision de Gil Blas y condiciones bajo las cuales consigue la libertad.—Visita su patria, y causas que le obligaron á abandonarla.—Noble comportamiento de D. Alfonso.—Casamiento de Gil Blas y de Escipion; hijos habidos de ellos.—Conclusion.

Veinticuatro horas pasé en aquel inmundo encierro haciéndome los más tristes vaticinios, y sobre todo sin poder encontrar la mano secreta que me habia descargado tan terrible golpe; al cabo de dicho tiempo entró el alcaide á visitarme y me invitó á seguirle; condújome á una higiénica habitacion del piso superior del castillo alhajada de un modo confortable, y allí á las muchas preguntas que le hice sobre las causas de mi detencion, me dijo que las primeras órdenes que recibió fueron de las más estrechas; pero despues se le habia recomendado me tratase con alguna consideracion; los motivos no los sabia con certeza, y solo pudo manifestarme que el conde de Lemos tambien habia sido desterrado de la córte. Ya no me cupo duda: el asunto de las visitas del príncipe á Catalina era la causa de mi prision. Ocho dias llevaba de encierro cuando el alcaide me anunció la visita de uno que decia ser mi primer criado; alegréme infinito de aquella nueva y supliqué á mi carcelero hiciese entrar al que de aquella manera se nombraba, y en efecto no tardé en tener en mi presencia á Escipion, que bañado en lágrimas de emocion se arrojó en mis brazos. Repuesto algun tanto, y agobiado por mis muchas preguntas, me dijo: en el momento que el cochero llegó á la casa é hizo presente la prision de V., todos los criados

se desbandaron por las habitaciones robando y saqueando cuanto encontraban, alegando que lo hacian para cobrarse de lo mucho que decian se les debia, nada respetaron: bajilla, alhajas, ropas y comestibles, de todo se apoderaron, y no ha sido poca suerte la de V. con haber yo podido ocultar y despues trasladar á casa del que iba á ser vuestro suegro, un cofre con los tres talegos de doblones de oro y otros tres de pesos duros: por lo tanto no hay que afligirse, que con dineros é influencias fácil os será veros en libertad.

Consolóme sobremanera el relato de Escipion, y aunque de buena gana le ofrecí la mitad del dinero que me habia reservado, lo rehusó noblemente, pues dijo que por afecto y no por interés era por lo que me habia servido. Despues supliqué al alcaide consintiese estar en mi compañía á tan fiel criado, cosa que á que no opuso reparo alguno. Pasados ocho dias en mi compañía, convinimos seria bien fuese á Madrid Escipion á ver si conseguia mi libertad á cualquier precio, para lo cual le previne no escaseara los ofrecimientos. Confiadamente lo ví partir y no me engañó el corazon; pues á los diez dias volvió anunciándome que habia encontrado medio de que el ama de leche del príncipe (mediante cien doblones) se interesase en conseguir mi libertad; en efecto, de allí á dos dias llegó un correo con un pliego en el que se me concedia salir de mi prision y marchar libremente á donde quisiera, pero con la condicion de desocupar Castilla antes de un mes.

Despedímonos alegremente del carcelero y llegamos aquel mismo dia á Madrid; recogimos el cofre con los dineros de casa del platero, quien nos dijo que á su hija la habia casado con un rico mercader, cosa que no me disgustó, y despues de comprar un coche con cuatro mulas, ropa blanca y provisiones para el camino, salimos de Madrid en direccion á Oviedo, pues con mi última desgracia se habian despertado mis remordimientos por el poco caso que habia hecho de mi familia.

Cuando llegamos, hacía un año que mi padre habia muerto; mi buen tio estaba en un estado de idiotismo tal, que no conocia á nadie, y postrado en cama hacia tiempo, es seguro que ya hubiera fallecido sin los solícitos cuidados de mi madre. Esta buena mujer se mantenia fresca, á pesar de sus años, y dando una prueba de lo inagotable que es el amor de una madre, me perdonó de todo corazon las faltas que le habia hecho, y aseguró que todas sus penas habian desaparecido con el gusto de verme al cabo de veinticinco años que hacia faltaba de la casa Mucho se holgó al enterarse en todas las peripecias de mi vida, y nos dábamos por contentos con creerlas terminadas: mi proyecto era comprar una heredad en aquellos valles, y pasar el resto de mi vida bajo el cielo que me vió nacer; pero mis convecinos, al enterarse de las buenas posiciones que habia tenido, y del poco caso que de mis ancianos padres habia hecho, formaron una conjuracion en contra mia, que es seguro hubiera dado los sangrientos resultados que se proponian, si no hubiéramos aprovechado la oscuridad de una noche para ausentarnos de mi patria y evitar así ser victimas de sus resentimientos.

Antes de partir dejé á mi madre doscientos duros, y la seguridad de todos los años mandarle á Escipion con otra igual cantidad; cosa que cumplí durante los seis años que vivió mi madre; ya en el camino nos pareció lo mejor trasladarnos á Valencia, donde á la sombra del señor gobernador, mi amigo D. Alfonso, nos seria fácil hallar la tranquilidad que tan de veras anhelaba.

Veinte dias tardamos en llegar á aquella hermosa ciudad, dejé á Escipion con el coche en una posada, y yo inmediatamente me dirigí al palacio del señor gobernador; imposible seria pintar lo que se alegró de verme, quedando

no poco admirado al saber las muchas vicisitudes por que habia pasado desde que dejé su servicio; al contarle mi valimiento con el duque de Lerma, callé la intervencion que habia tenido para que fuese nombrado gobernador. Despues le dije que para evitar continuar siendo por más tiempo el juguete de la fortuna, estaba decidido á retirarme á una aldea y adoptar una vida pacífica alejado de las ambiciones del mundo. Pues siendo esa tu formal resolucion, me dijo, quiero contribuir á facilitarte los medios de llevarla á cabo; al efecto te hago donacion de la quinta de Liria con sus quinientas fanegas de labor, ádemas de los muebles y utensilios que en ellas se encuentran; con eso tambien te doy una prueba del verdadero afecto que te tengo.

Inundóse mi alma de gozo y reconocimiento en vista de un proceder tan noble y desinteresado; entónces le conté la parte tan activa que yo habia tomado para que le diesen el empleo, con lo cual nuestro gozo y agradecimiento fué recíproco; y aunque él quiso añadir á la quinta una renta de doscientos doblones, yo la rehusé tan formalmente que no insistió. Despues pasé á ver á doña Serafina y á D. César, que tambien se alegraron mucho de verme, y de la mejor voluntad reiteraron la oferta que D. Alfonso me habia hecho. Tres dias despues, provisto ya de la escritura que acreditaba mi propiedad á la quinta de Liria, nos dirigimos á ella Escipion y yo, sin llevar provisiones ningunas, puesto que D. Alfonso me habia dicho que allí encontraríamos de cuanto se necesitase para la mejor comodidad de la vida.

Estaba mi quinta ocupada por una cohorte de lacayos, pajes y cocineros, que prevenidos sin duda por sus antiguos amos, avisaron á los vecinos de la aldea, y puestos de acuerdo, solemnizaron con la mayor alegría la llegada de su nuevo señor; agradecíles espléndidamente tan cordiales manifestaciones, y despues me dediqué por completo á descansar de la vida azarosa que últimamente habia llevado.

Pasados algunos dias me dijo Escipion, que de cuantas preciosidades encerraba la quinta y sus cercanías, nada habia tan hermoso é interesante como la jóven Antonia, hija del labrador de las tierras de la quinta llamado Basilio; entráronme deseos de ver aquella rareza, y á la primera ocasion que hablé á su padre le dije tenia gusto de conocer á su hija: obedeció el buen hombre, y al poco rato se presentó en mi casa acompañado de la jóven mas hechicera que hasta entonces habia visto, siendo tanta la impresion que hizo en mi ánimo, que me quedé poco menos que estático en su presencia, respondiendo con palabras torpes y balbucientes al gracioso y fino cumplimiento que me hizo. Su padre observó el efecto que su hija causó en mí, y receloso más bien que confiado abrevió la visita y se despidieron al poco tiempo; estático me halló Escipion al juntarse conmigo, y no conociendo la causa, me ví obligado á manifestársela, suplicándole al mismo tiempo que fuera á ver á mi colono y le propusiese me otorgara la mano de su hija, pues era tal la herida que habia abierto en mi pecho, que su posesion, y nada más, era suficiente á curarla.

Marchó Escipion con su embajada, y tuvo la suerte de emplear tales argumentos y razones, que el buen Basilio consultó el ánimo de la interesada, y no siendo la propuesta contraria á su gusto, quedó acordado el enlace para de allí á un mes; pues queria hacerlo presente á mis bienhechores los señores de Leiva.

Con este ánimo pasé á Valencia á otro dia á pedirles la vénia para mi casamiento; aprobaron mi gusto y parecer, prodigando las mayores alabanzas tanto á la hermosura cuanto á la honestidad de mi prometida, y ademas llevaron su fineza al estremo de ofrecerse á ser los padrinos; ordenáronme me volviera

á Liria, que ellos irian allá para el dia prefijado. En efecto, dos dias antes del señalado para la ceremonia, se llenó la quinta de gentes provistas de galas y joyas para la novia, suntuosos trajes para mí é infinidad de provisiones de todas clases para que la boda se hiciese con el mayor aparato; á otro dia llegaron los señores de Leiva, acompañados del arzobispo de Valencia, el cual bendijo la union del señor Gil Blas de Santillana con Antonia de Buen-trigo, siendo padrinos de este feliz desposorio los señores gobernadores.

Imposible seria querer pintar las fiestas, regocijos y alegrías que acompañaron á este casamiento, aunque para formarse una idea convendria decir que los festejos duraron nueve dias, y en ellos no se escaseó nada de lo que pudiera contribuir á hacerlos agradables; habiendo contribuido para hacerlos doblemente felices el suceso siguiente: aconteció, pues, que puestas las mesas el dia del desposorio, mi criado y amigo Escipion, se encargó de dirigir y atender a la mesa destinada á los convidados secundarios y la alta servidumbre de los gobernadores; pero hé aquí que al principiar la comida nos hallábamos cuando se sobresaltaron los asistentes á dicha mesa por haberse insultado una de las criadas de doña Serafina: acudieron todos á socorrerla inmediatamente, cuando reparan en que Escipion cae al suelo tambien cuan largo era.

Entonces nos sobresaltamos todos y acudimos al auxilio de ambos logrando que se reanimaran al poco rato, é inmediatamente tratamos de inquirir qué analogía podia haber entre uno y otro desmayo: por las esplicaciones de ambos sacamos que Escipion era el marido de la desmayada, la cual estando al servicio de Julia, casa del Conde de Polan, fué encontrada por su marido una noche hablando con un hombre, y como el tal, que era don Fernando Leiva, le suplicara encarecidamente el otorgamiento de un favor, el celoso marido creyó que se trataba de su deshonra (cuando solo era de interesar á favor de don Fernando el corazon de Julia) y en aquel instante huyó de su esposa sin que fuera bastante á contenerlo las súplicas y protestas de la inocente.

Enterados los asistentes de aquellas raras coincidencias, tomó la palabra doña Serafina y aseguró á Escipion que su esposa habia sido un dechado de modestia desde el largo tiempo que la conocia, haciendo tales elogios de sus buenas condiciones, que completamente desengañado Escipion se arrojó á los piés de Beatriz demandándole un perdon que le costó poco conseguir; lo grave del caso fué, que los criados de ambas servidumbres encontraron en ello pretexto para parodiar las ceremonias del casamiento, y todos en general para que el gozo y alegría fueran completísimos.

Ocho dias estuvieron en Liria los señores de Leiva, y á su regreso dejaron con su esposo á Beatriz, la cual entró al servicio de mi esposa, sin olvidar por esto hacer la felicidad de mi amigo y secretario Escipion; como nosotros no teniamos más objeto que olvidar penas anteriores y pasar la vida tranquila y dichosa, puedo decir con toda verdad que parecia un verdadero paraiso la quinta, y que fuimos completamente felices. Esta felicidad vino á aumentarse con el doble y fausto suceso del alumbramiento que hicieron Antonia y Beatriz; esta dió á luz una niña y aquella me reprodujo en un hermoso y robusto niño.

Mandamos razon á Valencia del grato acontecimiento, y tuvimos el gusto de ver entre nosotros á don Alfonso y su señora, que nos hicieron el honor de tener en la pila á nuestros pequeñuelos, que recibieron los nombres de los padrinos.

Mi Antonia quiso criar por sí misma á su Alfonsito, y Beatriz la imitó lactando tambien á Serafina: ejemplo que debieran imitar todas las madres, puesto

que las riquezas no creo dispensen del amor maternal. Beatriz no volvió á tener mas hijos; pero Antonia me dió otro heredero cuando el primogénito contaba tres años. Envié á mi secretario á Valencia á llevar esta noticia al gobernador, que vino inmediatamente á Liria en compañía de Serafina á sacar de pila al recien nacido, teniendo el gusto de añadir esta prueba mas de afecto á todas las que yo habia recibido de él: pusiéronle por nombre César, en memoria del padre de D. Alfonso, y despues de desearnos las mayores felicidades se volvieron á la capital.

Ocho dias estuvo mi esposa con toda felicidad y esperábamos una pronta convalecencia, cuando sin adivinar la causa, se la declaró una fiebre tan intensa que la privó del conocimiento, y á los tres dias de la vida, sumiéndome á mí, y á toda la casa, en un mar de lágrimas, ayes, suspiros y lamentos; figúrese el lector, si es posible, cuánta seria mi amargura por este suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar y que tendré eternamente en la memoria. Caí en un abatimiento de ánimo y en una estupidez inesplicable; tanto, que parecia haber quedado insensible á fuerza de tanto sentir. Pasé cinco ó seis dias en tan doloroso estado, sin querer ni poder tomar ningun alimento, y creo que sin la compañía de Escipion me hubiera dejado morir de hambre ó hubiera perdido enteramente el juicio. El afectuoso criado escribió al mismo tiempo á D. Alfonso noticiándole la desgracia que me habia sucedido y el estado en que me encontraba. Este buen señor fué inmediatamente á Liria: al presentarse á mi vista me echó los brazos al cuello, y dirigiéndome palabras afectuosas vertió algunas lágrimas y confundió sus suspiros con los mios; despues tuvo una larga conversacion con Escipion sobre lo que convendria hacer para vencer mi pesadumbre, y juzgaron que seria necesario por algun tiempo alejarme de Liria, en donde por todas partes encontraba recuerdos que aumentaban mi dolor; opinaron, pues, seria lo mejor me trasladase á Valencia, como en efecto lo hice acompañado de mi protector y amigo.

Luego que llegué á Valencia, D. César y su nuera no perdonaron diligencia alguna para divertir mi afliccion, echando mano de todas las distracciones oportunas para disiparlas; aunque á pesar de todos sus esfuerzos no menguaba mi melancolía; Escipion iba frecuentemente á Valencia á informarse por sí mismo de mi estado, y á darme cuenta de mis hijos, que permanecian en la quinta al cuidado de Beatriz.

Un dia se estendió por Valencia, como por toda España, la noticia de la muerte del rey Felipe III y la proclamacion de su hijo Felipe IV. Con este motivo, los señores de Leiva y Escipion, que accidentalmente se hallaba en Valencia, entraron en razones conmigo incitándome á que volviese á la córte y me presentara al Rey, pues era muy posible que el monarca, teniendo presente los servicios que en su juventud le habia prestado, quisiera premiarlos ahora que tan fácil le era hacerlo, y no seria estraño que ocupara de nuevo en la córte un puesto aun mas elevado que el que perdí.

Disuadíles de sus intentos, manifestando que los desengaños anteriores me habian sido suficientes á conocer el mundo y sus falacias; que por lo mismo estaba resuelto á no arriesgarme mas en aquel piélago de vanidades, y puesto que ya estaba, si no alegre, por lo menos resignado, lo que suplicaba á mis protectores era licencia para retirarme á Liria y consagrarme allí á la educacion de mis queridos hijos.

No opusieron obstáculos los de Leiva, y viéndome ya mas conforme me dejaron partir al sitio, testigo de mis alegrías y mis pesares.

Veinte años han trascurrido desde entonces: en este tiempo se ha verifica-

do la muerte de D. César y la de mi hijo que llevaba su nombre, aquel de resultas de una caida, y éste de las viruelas; Escipion tambien ha esperimentado la pérdida de su Beatriz; pero en cambio su hija se ha casado con uno de los mas ricos labradores de las cercaní s; mi hijo Alfonso, despues de la educacion doméstica, pasó á Valencia á un seminario del que hace un año salió, y medio que cantó misa: en la actualidad es párroco de la iglesia de Liria, y el consuelo y sosten de la ancianidad de su padre Gil Blas de Santillana.

FIN.

HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.